

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

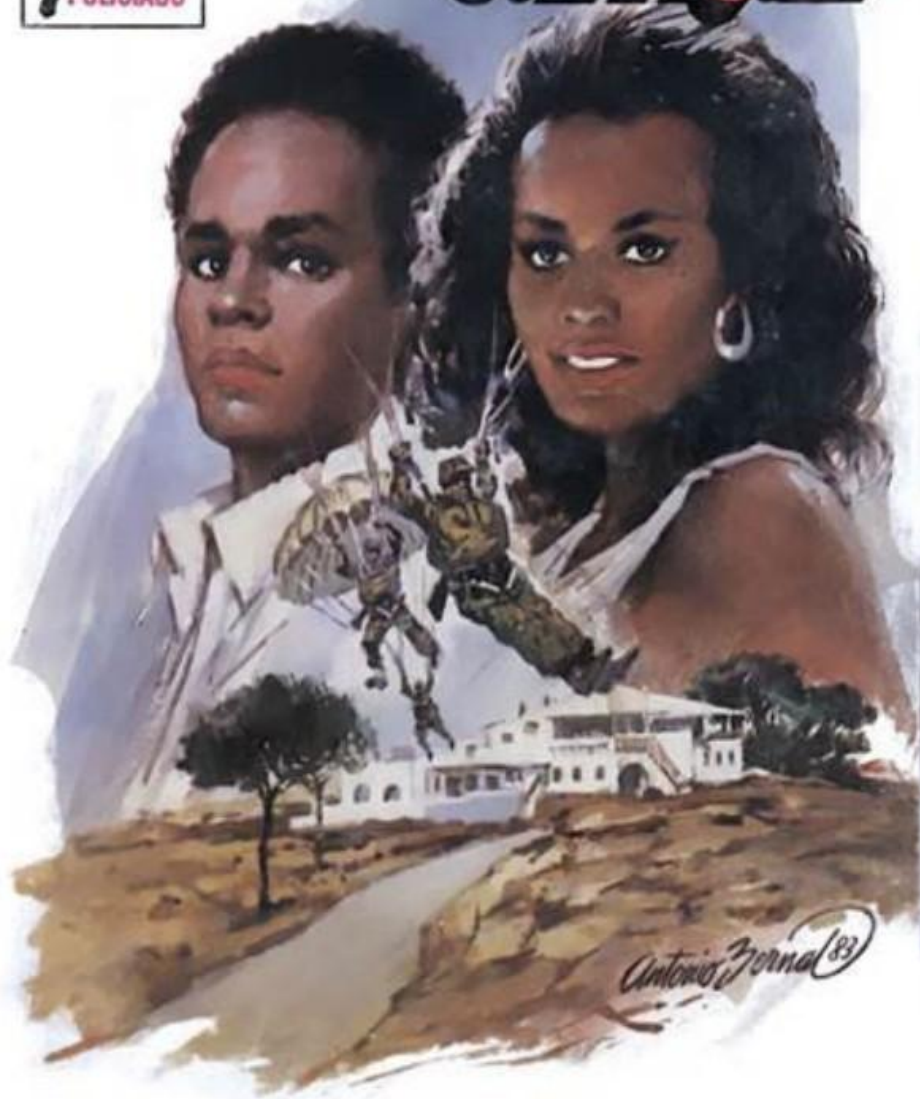
BOLSILIBROS



POLICIACO

**GUERRA
INOLVIDABLE**

**Lou
Carrigan**



GUERRA INOLVIDABLE

SS Nº 1741

Autor: Lou Carrigan

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.76

ASALTO POR SORPRESA

OCURRIÓ tan por sorpresa que incluso los propios interesados, los más directamente afectados por el asalto, tardaron en reaccionar, creérselo, en aceptar que, efectivamente, había sucedido.

La primera noticia que tuvieron los habitantes de la isla Mustique respecto a que algo nuevo iba a suceder, fue la aparición del hidroavión volando por encima de la isla, muy bajo. Era un hidroavión bastante grande, pintado de blanco y azul y con dos estrellas blancas de seis puntas en la cola, emblema que nadie conocía ni tenía idea alguna sobre su significado.

Primero, como se ha dicho, el hidroavión pasó por encima de la pequeña isla, lentamente; dio la vuelta al llegar al mar, rodeó la isla, y regresó hacia tierra de nuevo como procedente del embarcadero de la mansión de la princesa.

Justo al pasar por encima de la mansión varios bultos se desprendieron del hidroavión, que volaba a una altura de poco más de cien metros por encima de la magnífica casa. A decir verdad, los paracaidistas tuvieron el tiempo justo de abrir los paracaídas y que éstos cumplieran su función, pues la distancia de caída era tan corta que casi se podía temer que no hubiera tiempo de que se abrieran los paracaídas, o, cuando menos, que no se abrieran lo suficiente.

Sin embargo, todo funcionó.

Los doce paracaídas se abrieron, y los doce hombres estuvieron en el jardín de la casa, sobre ésta y dentro de ésta. Fue visto y no visto. Durante unos segundos se vieron los grandes hongos blancos sobre la casa de la princesa; desaparecieron enseguida del cielo, y formaron grandes manchas blancas sobre la casa y sus alrededores.

En cuestión de segundos doce hombres jóvenes, atléticos, decididos, armados con modernísimas metralletas de fabricación norteamericana, granadas de mano y machetes tomaron por asalto la mansión de la princesa Margarita de Inglaterra en la famosa isla Mustique, de las Granadinas, al sur de San Vicente y al oeste de las muy famosas Islas Barbados, al norte del hermoso continente sudamericano.

Minutos más tarde, cuando la noticia se extendió por el mundo entero, el pasmo hizo presa en la población de éste. Hubo quien se la tomó a broma, quien se regocijó por lo sucedido, y hasta hubo quien dijo que la noticia era falsa, una distracción veraniega de los periodistas.

Pero finalmente hasta los más reacios tuvieron que admitir que realmente había sucedido, que se había llevado a cabo el sorprendente asalto.

CAPÍTULO PRIMERO

HABÍAN extendido una toalla grande sobre el césped, en la parte preferida por ambos, o sea, la que estaba tan rodeada de arbustos de flores de tal modo que formaba un reducto que los ocultaba a las posibles miradas que pudieran dirigirles desde el resto del jardín o desde la pequeña piscina.

Era un sitio perfecto. Ideal para hacer el amor a pleno sol.

Y eso estaban haciendo: el amor. Llevaban mucho rato allí, bajo el sol, besándose y acariciándose. A decir verdad, ya habían hecho el amor dos veces, pero bien cierto es que no hay dos sin tres, de modo que había que redondear la espléndida tarde de sol...

Oyeron, como procedente de otro mundo, la llegada de un automóvil frente a la casa, y posiblemente incluso pensaron, también remotamente, que alguien iba a visitarlos, y que en un momento habría cruzado el sendero y lo tendrían allá, en el jardín... Pero estaban abrazados, entregados profundamente el uno al otro, y, sobre todo, en aquel lugar y en aquel momento no esperaban nada malo ni peligroso de nada ni de nadie.

Si así hubiera sido sin duda que habrían reaccionado, pese al intenso placer que los estaba derritiendo en aquel momento. Sin exagerar: estaban gozando tanto que les parecía que se derretían. Habían dejado de tener sus bocas unidas, y ahora, fuertemente abrazados, simplemente estaban realizando el acto sexual, con una entrega, con una sinceridad, que estaba dando frutos óptimos.

Tan óptimos que ella, finalmente, no pudo contener el grito de placer que escapó de sus gorditos labios rojos como si fuese una flor disparada por un suspiro. El también gritó entonces, la abrazó más

fuertemente, y soltó un gruñido que pareció el rugido de un león en plena selva. Pareció que las negras pieles de ambos fueran a fundirse al sol, a juntarse en una sola. Tras el grito, ella mordió la negra carne de él en un hombro, y él apretó aún con más fuerza las caderas de ella con sus grandes manos de acero.

Fue el colmo, la explosión final.

La sensación de placer fue inaudita, como siempre, y ambos tuvieron la sensación de salir volando, abrazados uno a otro casi con desespero... La curva del placer alcanzó su cénit, y luego descendió. Los dos se relajaron, y permanecieron quietos, en silencio, abrazados, durante unos segundos. Por fin, él se movió, alcanzó con su boca la de ella, y besó y mordisqueó suavemente los labios.

—Cielos, qué orgasmo tan terrible —suspiró ella.

—¿Terrible?

—Quiero decir terriblemente maravilloso.

—Ah. Te propondría seguir, pero me temo que tenemos visita. Y nos ha oído.

—Que se fastidie. Sí, ya oí el coche, pero no estaba para fijarme en tonterías como ésa. Mira a ver quién es.

Jason Moore asintió, se deslizó hacia los arbustos, y miró por entre ellos. Vio a un hombre alto, pelirrojo, de unos cincuenta años, cómodamente sentado en una de las extensibles del jardín, colocada junto a la piscina a pleno sol. Fumaba y parecía dormitar plácidamente.

Jason regresó junto a Edwina Mayflower, y dijo:

—Maldita sea, es el jefe.

—Oh, no. ¡Siempre nos encuentra haciendo el amor!

—Es natural: siempre estamos haciendo el amor.

—¿Seguimos y que se espere hasta la hora de la cena? —rió ella.

Junto a la piscina, tumbado en la extensible, el hombre pelirrojo estaba oyendo los cuchicheos y la risa dulce y bien timbrada de Edwina. Era una risa que parecía realmente hecha de terciopelo. Como toda ella: Edwina era la mujer negra más hermosa que había visto en su vida. ¡Y había visto mujeres hermosas, fuesen negras o no! Pero ninguna como Edwina. Alta, esbelta, pero con unas caderas bien curvadas y unos pechos magníficos y pictóricos, era como una fuerza de vida a sus veinticinco años. Vestía siempre muy

bien, lo que encajaba con su falsa profesión de modelo; falsa porque, en realidad, Edwina, al igual que Jason, eran agentes especiales de la CIA.

¡Y tan especiales!

Edwina era encantadora, deliciosa, y además una cachonda acabada. Cada vez que él los visitaba los encontraba haciendo el amor. ¡Porque seguro que estaban haciendo el amor por entre las hierbas y flores, seguro! Se los imaginó a los dos en el apasionado abrazo, y comenzó a ponerse nervioso. Eran capaces de echar otro polvo antes de admitir que le habían oído, y que sabían ya que era él, su jefe, quien estaba en el jardín...

—Maldita sea —gruñó—: ¿queréis salir de ahí de una vez?

Volvió a oír risas entre los arbustos floridos. ¡Ah, la risa de Edwina...! Aunque no había que confiarse con una mujer como ella, porque en un momento dado podía convertirse de dulce gatita en furiosa pantera. En cuanto a Jason Moore, con su metro ochenta y seis de músculos bien repartidos, treinta años, una inteligencia paralela a la muy notable de Edwina, y cientos de experiencias desagradables adquiridas a lo largo de esos treinta años, podía convertirse en un mal bicho al que más valía mantener alejado. Claro que si nadie les molestaba todo era maravilloso con Jason y Edwina...

Los vio salir de pronto de entre los arbustos, tomados de la mano, completamente desnudos y corriendo, riendo, hacia la piscina. Los dos cuerpos negros y espléndidos relucían al sol, impresionante el de Jason, fascinante el de Edwina, cuyos hermosísimos pechos brincaban al ritmo de la carrera con una turgencia que al jefe le pareció feroz.

«De buena gana se los mordería», pensó furiosamente el jefe.

Vistos y no vistos. Los dos bellos atletas negros volaron hacia la piscina, y un instante más tarde sus desnudos cuerpos se zambullían en las azules aguas que parecían pintadas.

—Caramba —dijo Jason—, ¡fíjate quién está aquí, Edwina!

—Oh, si —dijo ella—: ¡es el hombre que siempre llega cuando estamos gozando de nuestro amor!

El jefe frunció el ceño, y dijo:

—Sois unos calientes.

—Zí, zeñó —canturreó Jason—, el bwana tiene rasón, zí, zeñó.

Somo mu calientes los neguitos, zi, zeñó.

—Ella más que tú —puntualizó el jefe.

—A mucha honra... —aseguró Edwina—. ¿Qué daría usted por tener una compañera que fuese una caliente?

—Lo que fuese —suspiró el pelirrojo—, porque es el sueño de mi vida. ¿Os habéis enterado de lo de la isla Mustique?

—Ya sabía yo que usted no podía venir a tener una conversación simpática con unos amigos —gruñó Jason—, ¿Qué ha pasado en esa isla?

—¿No es esa en la que la princesa Margaret de Inglaterra tiene una mansión llamada Las Aguas Felices, adonde lleva a sus... amistades? —preguntó Edwina.

—Sí, ésa es. Precisamente esa mansión ha sido invadida, al igual que toda la isla, por un grupo de hombres.

—¡Atiza! —parpadeó Jason—. ¿Con qué objeto?

—Todavía no lo sabemos. Hala, vestiros y convidarme a un trago de algo fresco. Vamos a la casa.

Se puso en pie. Edwina y Jason salieron de la piscina con simples y ágiles movimientos, y quedaron de pie junto al pelirrojo, que soltó un refunfuño al ver de nuevo la espléndida desnudez de Edwina. Esta y Jason se pusieron los blancos albornoces que tenían en aquel lado de la piscina, y se dirigieron hacia la casa, un encantador bungalow pequeño y provisto de todas las comodidades sofisticadas que pudieran buscarse y desearse.

Cinco minutos más tarde, tomando whisky con hielo Edwina y el jefe, y una cerveza Jason, se acomodaron los tres en sendos sillones.

—¿Ha habido muertes? —preguntó Jason.

—No, Al menos, por ahora. La operación de salto ha sido realizada con una limpieza increíble. Primero, doce hombres caen en paracaídas desde un hidroavión sobre la casa, y en cuestión de segundos controlan a todas las personas que había en ésta. Inmediatamente, envían recado a las autoridades de la isla informándolas de lo sucedido: tienen como rehenes a la princesa Margaret y a sus invitados, y si alguien de la isla se opone a sus propósitos, tanto la princesa como sus amigos serán exterminados. Entre el miedo y el desconcierto nadie se atreve a hacer nada, y menos que nadie el personal de seguridad de la princesa y de sus amigos...

—¿Los amigos de la princesa disponen de guardia personal? ¿Quiénes son esos amigos?

—Un ministro británico y dos senadores norteamericanos.

—¿De veras? —alzó una ceja Edwina—. Bueno, no quiero parecer maliciosa, pero diría que no son la clase de amigos que parecen formar parte del entorno de la princesa Margaret cuando acude a descansar a la isla Mustique.

—Así están las cosas —dijo el jefe—. La casa dispone de cuatro grandes dormitorios. En uno de ellos está alojado el ministro británico y su esposa. En otro, juntos, los dos senadores norteamericanos. En los dos que quedan libres...

—¿Cómo, dos? ¿No está la princesa Margaret en la casa?

—Está, pero se habría marchado cuando llegaron la reina Isabel y el príncipe Felipe por un lado y el señor Reagan por otro.

—¿Quiere decir —exclamó Edwina— que en la mansión de esa isla se iban a reunir dos senadores norteamericanos, el señor Reagan, un ministro británico y la reina de Inglaterra acompañada de su marido?

—Exactamente. Pero eso habría sido mañana, no hoy. Parece evidente que los asaltantes de la casa de la princesa se han equivocado de día. Como comprenderéis, la opinión general es ésta: los asaltantes querían atrapar en la casa a los personajes mencionados, pero su información no era suficientemente correcta y efectuaron el asalto un día antes.

—¿Todo lo demás lo han hecho bien? —preguntó Jason.

—Lo han hecho perfectamente. Están utilizando a los rehenes para presionar a las autoridades de la isla, que fueron advertidas de todo lo que iba a suceder tras la primera fase del asalto, que era precisamente la más importante, pues facilitaría las restantes. Bajo amenazas de exterminar a los rehenes los asaltantes exigieron que dejaran vía libre para que el resto de sus compañeros ocuparan los demás puntos estratégicos de la isla, de modo que han ocupado la central eléctrica, la telefónica, el pequeño aeródromo de la línea Air Mustique, el embarcadero de la casa de la princesa, y con cuatro lanchas patrullan constantemente alrededor de la isla, tras advertir que cualquier persona que intente llegar a ella o marcharse será eliminada, y bien entendido que si ellos reciben cualquier agresión comenzarán a matar rehenes. Y tienen muchos ahora.

—¿Se refiere a la servidumbre de la casa?

—A ellos y a algunas personas de cierto relieve internacional que estaban de vacaciones en la isla, ocupando villas cercanas a la de la princesa. De momento sabemos que una de esas personas es un cantante mundialmente famoso, otra un financiero de alto nivel canadiense y otro norteamericano, con sus respectivas esposas. Y al parecer también había dos o tres políticos británicos en otras tantas casas más pequeñas. Todos ellos se teme con fundamento que han sido reunidos en Las Aguas Felices como rehenes.

—¿Cuántos hombres son en total los asaltantes?

—Sesenta, todos bien armados, provistos de radios, instrucciones claras y concretas... Estamos investigando de dónde procede el hidroavión, y haremos lo posible por saber también lo referente a los demás elementos que han utilizado: un par de yates, algunas lanchas, un pesquero... Aparecieron en el embarcadero de la casa y alrededor de la isla prácticamente al mismo tiempo que calan los paracaidistas.

—Una operación perfecta —murmuró Jason Moore—. Veamos... ¿Qué significa todo esto? No hace falta ser muy listo para comprender que en la isla Mustique se iba a celebrar una reunión poco frecuente de altas personalidades: el presidente de los Estados Unidos, la reina de Inglaterra y su consorte, dos senadores norteamericanos, un ministro británico, varios políticos también británicos, un financiero canadiense y otro norteamericano..., y hasta quizá el cantante mundialmente famoso tuviera algo que ver en esa reunión. Vamos a llamar a todas esas personas el Grupo Selecto. Y pregunto: ¿qué objeto tenía la reunión del Grupo Selecto en Las Aguas Felices?

—No lo sé, por ahora.

—¿La noticia era del dominio público? —preguntó Edwina.

—Claro que no.

—Entonces de aquí se desprende que alguien del servicio secreto británico o de la CIA vendió la información a los asaltantes. Y yo no creo que se equivocaran de día para el asalto. Lo que pasa es que si hubieran efectuado el asalto cuando estuvieran en la casa el presidente Reagan y la reina de Inglaterra habrían tenido muchas más dificultades, ya que habría habido mucho más personal y muchísimas más medidas de seguridad con ellos. Así que han hecho

lo que querían hacer.

—No pretendo despreciar a nadie, pero no es lo mismo tener como rehenes al señor Reagan y a la reina de Inglaterra que a las personas que tienen en estos momentos.

—Para ellos debe ser suficiente. Pero díganos: ¿qué tenemos que ver nosotros con todo eso?

—En la isla Mustique, y en aquellos lugares en general, hay muchos negros.

—De donde se desprende que Edwina y yo pasaríamos más desapercibidos que si la CIA enviase agentes blancos —asintió Jason—. Pero seamos sensatos: ¿usted cree que Edwina y yo podemos hacer algo contra sesenta hombres bien armados, entrenados y preparados para repeler cualquier agresión y hasta simples acercamientos de personas?

—He pedido que me envíen aquí las informaciones que vayamos consiguiendo —dijo el jefe—. Una vez sepamos a qué atenernos respecto a las intenciones o propósitos de esa gente tomaremos decisiones. ¿De acuerdo?

Los informes comenzaron a llegar un par de horas más tarde, cuando ya los tres se disponían a cenar, y podían resumirse del siguiente modo: el grupo de asaltantes utilizaba el nombre de Comando Malvinista, y a cambio de las vidas de los rehenes y la liberación de la isla Mustique exigían la devolución de las Islas Malvinas a Argentina por parte de Inglaterra. A fin de asegurarse de la legalidad de la devolución de las Islas Malvinas a Argentina el Comando Malvinista exigía que se realizara una asamblea de la ONU en Nueva York, con intervención de personal diplomático adecuado y autorizado por el Gobierno británico para firmar la documentación legal respecto a la devolución; documentación que sería refrendada por los representantes diplomáticos de todos los países asistentes, que obligatoriamente debían ser como mínimo Estados Unidos, Francia, Rusia, Canadá, Suecia, Alemania Federal, Japón y Australia, además, claro está, de la propia Gran Bretaña. El documento, finalmente, sería firmado por el secretario general de las Naciones Unidas.

Toda esta información le llegó al jefe de Jason y Edwina por medio de su radio de bolsillo, y, ciertamente, era confidencial: todavía el mundo no había sido informado de lo que realmente

estaba ocurriendo.

—Son unos malditos necios —gruñó el pelirrojo—: se puede extender una documentación así y luego simplemente ignorarla o anularla.

—La ONU no puede prestarse a eso —rechazó Edwina—; si extiende y firma un documento por medio de su secretario general y los asambleístas convocados, ese documento tiene que ser posteriormente válido y aceptado. Esto no es un juego de niños, señor.

—¡Maldita sea!

—En cualquier caso —reflexionó Jason—, yo diría que la situación no permite la intervención de agentes como nosotros...

La radio del pelirrojo volvió a funcionar. El mensaje que llegó esta vez era igualmente pasmoso: el Comando Malvinista iba a destacar unos representantes que viajarían a Londres para ser recibidos por la reina Isabel personalmente y negociar de un modo concreto las condiciones de devolución de las Islas Malvinas a fin de que constasen claramente explicadas en la documentación que posteriormente debería extender y firmar la ONU y los representantes de los países mencionados.

—Si esto no es desfachatez que me ahorquen —gruñó el pelirrojo.

—Más que desfachatez es seguridad en sí mismos —dijo Edwina—. Y puede tener la certeza de que igualmente han planeado con toda perfección la retirada de esos sesenta hombres. O eso, o...

—¿O qué?

—No sé. ¡Está todo tan perfectamente organizado! Francamente, me gustaría conocer a la gente capaz de preparar una cosa así. ¿A ti no, Jason?

—A mí, lo que me gusta, es hacer lo que estábamos haciendo cuando llegó este hombre, Edwina —gruñó Jason, señalando con la barbilla a su jefe.

—Pero eso tenemos tiempo y oportunidad de hacerlo siempre que queramos —rio ella.

—Siempre, no. Si vamos a esa isla quizá nunca más podamos volver a hacerlo.

—Es verdad, pero... ¿y la emoción que eso contiene? Imagínate, con lo bien que lo pasamos dándonos el cuerpo uno al otro, tan sólo

pensar en que eso quizá no vuelva a ocurrir. ¿No es emocionante?

—Para mí es más emocionante echar unos cuantos polvos cada día. Y mucho más agradable.

—Eso es verdad —suspiró Edwina—. Pero, cariño, resulta que nosotros vivimos del sueldo de la CIA, y este sujeto es nuestro jefe, y ha venido a darnos órdenes, así que tenemos que decidir: o nos despedimos de la CIA o vamos a la isla Mustique.

—Caramba, tampoco he dicho eso —protestó el pelirrojo—. Se trata de que ustedes dos, que son nuestros mejores y más inteligentes agentes aprovechen que son negros para darse una vuelta por donde puedan y como puedan a fin de intentar conseguir informes lo más completos y fiables posible respecto a cómo está realmente la situación en la isla y a ser factible en la propia mansión... ¡Pero no he dicho que se metan en la isla, ni mucho menos en la casa, caray! Además, eso sería imposible.

—¿De veras? —gruñó Jason Moore, con cierto cabreo.

—¿Ve lo que ha conseguido? —sonrió Edwina—. ¡Ha provocado a Jason! Cuando alguien dice que tal cosa es imposible se enfada. ¿Verdad, cariño?

—Dejadme tranquilo —refunfuñó Jason—; estoy pensando...

CAPÍTULO II

SE llamaba Ricardo Hoffmann, y todos los rehenes reunidos en Las Aguas Felices sabían ya perfectamente que era el hombre que dirigía el grupo que había tomado posesión de la mansión y de toda la isla, es decir, el jefe del llamado Comando Malvinista.

Ricardo Hoffmann era argentino, por supuesto descendiente de alemanes, aunque ya en cuarta generación, por lo que su patriotismo pampero estaba más que fuera de toda duda; para él, Argentina era su patria, y el hecho circunstancial de llamarse Hoffmann le tenía completamente sin cuidado. Alto, atlético, joven, atractivo, educado, evidentemente culto e inteligente, habla puesto las cosas en claro desde el primer momento: si los rehenes no buscaban complicaciones no habría complicaciones.

Era más simple todavía: si todos se portaban bien todo terminaría bien para todos.

Pero, al parecer, alguien estaba buscando complicaciones; aunque no dentro de la mansión, sino fuera. Las disposiciones del Comando Malvinista habían sido difundidas claramente por todo el mundo: nadie debía acercarse a la isla. Pues bien, alguien se estaba acercando, alguien estaba buscando follón. Al menos, eso acababa de decirle a Ricardo Hoffmann uno de sus hombres de turno en la radio.

—¿Quiénes dicen que son? —inquirió.

—Dicen que forman un grupo llamado GAL, es decir, Gente Amante de la Libertad.

—Macanudo, ché —sonrió Ricardo—. Pero de la libertad ¿de quién?

—Eso no me lo han aclarado, Ricardo —gruñó el otro, que no captó la leve ironía de la pregunta.

—¿En qué idioma te han hablado? ¿Inglés?

—No, no. En español.

—No todo había de ser malo. Está bien, ¿qué es lo que quieren?

—Hablar con el jefe del Comando Malvinista para hacerle una oferta favorable a Argentina que de ninguna manera podrá desatender.

—¿Eso han dicho?

—Más o menos.

Ricardo Hoffmann quedó pensativo. De acuerdo a la lógica él no podía desatender a unas personas que llegaban proclamándose Gente Amante de la Libertad, que bien podía definirse como un grupo simpatizante de la independencia de las Malvinas, por ejemplo; es decir, de su devolución a Argentina, que no es lo mismo.

—¿Y cuántos son? —preguntó de pronto.

—Son dos nada más. Y aseguran que no llevan armas.

—Hombre, hasta ahí podríamos llegar —alzó las cejas Ricardo Hoffmann.

De nuevo quedó pensativo. Su tendencia era rechazar la visita anunciada, pero en el fondo había una vocecita que le decía que era más conveniente recibirla.

Así que dijo:

—Está bien: autorizadlos a aterrizar. Pero cuidado con ellos; no quiero ninguna sorpresa, Luis.

—Descuida.

El llamado Luis salió de la casa por la terraza. Ricardo, acomodado en un hermoso sillón y fumando un grueso cigarro habano, quedó una vez más pensativo, perdida la mirada en la inmensidad del cielo azul que se divisaba por los amplios ventanales.

En el salón había tres de sus hombres, armados y serios como auténticos soldados. Todos ellos, incluido Ricardo, llevaban un «mono» de color tierra con manchas de camuflaje de color verde, y los accesorios pertinentes para munición y otros objetos. Calzaban sólidas botas negras y protegían sus cabezas con kepis de la misma tela que los «monos». Era todo un comando formal, bien equipado,

y magníficamente dirigido por Ricardo Hoffmann.

Esto lo hablan comprendido los rehenes, algunos de los cuales, en aquel momento, se hallaban en el salón. Los rehenes, por orden expresa de Ricardo, podían ir por toda la casa libremente, pero la mayoría había optado por recluirse en sus habitaciones o, los que no disponían de ella en la casa, en las de los invitados, que los habían admitido haciendo arreglos de alojamiento razonables.

Los que en aquel momento se hallaban en el salón eran el ministro británico, uno de los senadores norteamericanos, el financiero canadiense, y la encantadora Nika Traviros, la cantante norteamericana de origen italiano que había hecho furor en el mundo, y especialmente en Estados Unidos; tenía doce años, era una preciosidad morena de grandes ojos negros, y en absoluto parecía asustada por el hecho de que unos hombres hubieran ido a sacarla de la hermosa casa donde estaba pasando unos días de vacaciones con sus padres. Es más, a decir verdad, Nika Traviros se pasaba el día mirando absolutamente fascinada al guapo y arrojado Ricardo Hoffmann.

Este se puso en pie en aquel momento, y salió a la terraza. Ahora se oía con más fuerza el zumbido del motor del helicóptero en el que llegaban aquellos Amantes de la Libertad, y que se habían anunciado por medio de la radio utilizando la misma onda que el Comando Malvinista había utilizado para enviar sus mensajes y sus condiciones al mundo. Finalmente, Ricardo localizó el helicóptero, que llegaba dando destellos reflectantes de luz solar. Muy bien, allá llegaban dos personas que pretendían hacerle una oferta favorable a Argentina. Pues qué bien.

Ricardo optó por esperarlos en el jardín, donde había ya una docena de sus hombres, todos vestidos igual, todos serios, todos armados, muy atentos a la llegada del helicóptero, que por fin se posó sobre el césped. El paisaje entorno a la casa era sencillamente maravilloso: mar azul, cielo resplandeciente, vegetación tersa y tierna. Los que pueden vivir bien ya saben cómo hacerlo, ya. Y dónde hacerlo...

Los vio saltar del helicóptero sin inmutarse, sin mostrar sorpresa alguna por el hecho de que ambos fuesen de raza negra. Inmediatamente, lo que sí supo Ricardo Hoffmann era que tanto él como ella no eran personas corrientes. Permaneció quieto

mirándolos. Luis estaba hablando con ellos, que asentían. Luis ordenó a sus comandos que abordasen el helicóptero y lo registrasen, y a otros dos que cacheasen al negro y la negra; ésta ni siquiera parpadeó cuando las manos del comando Ignacio pasaron por sus muslos y sobre sus grandes pechos hermosísimos.

Finalmente, todo pareció estar en orden, y Luis se volvió y señaló a Ricardo. Los visitantes echaron a andar hacia él. Ambos eran altos, hermosos, de clase. Incluso, le sorprendió a Ricardo la línea de sus facciones, que ni siquiera parecían acordes con su raza. Los rasgos del hombre eran sólidos y duros; los de la mujer eran amplios, bellísimos, inteligentes, de modo especial la expresión de sus negros ojos y la amplitud de su frente bien curvada, despejada. Ambos vestían de blanco. Chocante.

—Soy Jason Moore —dijo el atleta negro, tras detenerse ante Ricardo—, y ella es mi compañera, Edwina Mayflower.

—Yo soy Ricardo Hoffmann, jefe del Comando Malvinista. ¿Ella también habla español, señor Moore?

—Tan bien como yo: ambos somos de Puerto Rico. Periodistas. Tenemos en el helicóptero todo un equipo para trabajar en ese sentido.

—¿Qué clase de equipo exactamente?

—Cámaras fotográficas, grabadoras, una máquina de escribir, material para revelar fotografías... De todo.

—¿Qué es lo que piensan ustedes fotografiar, grabar y escribir en este lugar?

—Todo cuanto usted nos permita. Nuestra intención es enviar noticias de esta casa a todo el mundo.

—¿Con qué objeto?

—Uno de ellos ir dando cuenta periódicamente de que los rehenes se hallan en perfecto estado de salud física y mental. La otra razón es que deseamos apoyar con toda sinceridad la reivindicación de su Comando sobre las Islas Malvinas.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque a nosotros nos gustaría atrevernos a hacer lo mismo para que Washington concediera la independencia absoluta a Puerto Rico, señor —dijo Edwina Mayflower—. De momento no nos atrevemos, pero su idea puede germinar muy bien en Puerto Rico, y deseamos apoyarla. Ni que decir tiene que somos por completo

simpatizantes de Argentina, no de Gran Bretaña, y nos gustaría poder hacer algo en su favor, como periodistas y como gente amante de la libertad.

—Hermosa perorata —la miró divertido Ricardo—. Me pregunto si al mismo tiempo no están buscando ustedes una notoriedad profesional que incluso pudiera acercarlos al Premio Pulitzer de periodismo.

—Sería interesante, pero no hemos pensado en ello —dijo Jason—. De veras, señor Hoffmann.

—Yo no me jugaría la vida por el Premio Pulitzer —dijo Edwina—, pero sí correría determinados riesgos por la independencia de Puerto Rico. Y un primer paso para conseguir eso puede ser apoyar a otros libertadores.

—Oiga —sonrió de pronto ampliamente Hoffmann—, Usted tiene un pico de oro, preciosa.

—Soy una chica inteligente, desde luego —sonrió también Edwina.

Ricardo se quedó mirándola. Ella era encantadora, sonriente, simpática, y sin duda alguna inteligente. Jason Moore no tenía nada de encantador, y ni siquiera parecía simplemente simpático, pero también era inteligente, y el argentino Hoffmann supo en aquel mismo instante que no habla nada que pudiera atemorizar a Moore. Y ni siquiera a la bella Edwina.

—De acuerdo —sonrió de nuevo—. Vengan a la casa.

—¿Debemos limpiarnos antes los pies? —preguntó Edwina.

Ricardo se echó a reír, y se apartó de ellos, para charlar unos segundos con Luis. Regresó junto a Jason y Edwina, y señaló hacia la casa, preguntando:

—¿Entiendo que les gustaría fotografiar a todos los rehenes?

—Nos gustaría mucho—asintió Jason.

—Les voy a decir una cosa —murmuró Ricardo, deteniéndose—: cabe en lo posible que ustedes me estén engañando, pero sean cuales sean sus intenciones finales todo les irá bien mientras vayan cumpliendo la parte que han mencionado. ¿Comprenden?

—No —dijo Edwina.

—Quiero decir que mientras hagan lo que me han dicho que han venido a hacer aquí seguirán con vida. Si intentan cualquier otra cosa, o llego a convencerme de que son de la CIA, ordenaré que

sean ejecutados, sin más trámites. ¿Lo han entendido ahora?

—Desde luego.

—Pues todavía están a tiempo de marcharse en su helicóptero. Pero si entran en la casa y empiezan a tomar fotografías y hacer preguntas ya no saldrán de esta isla hasta que yo lo autorice. ¿Esto también está claro?

—Clarísimo, señor Hoffmann —sonrió Edwina.

—¿Se quedan?

—Nos quedamos. ¿Verdad, mi amor? —miró Edwina a Jason.

Este se limitó a asentir, y se quedó mirando inexpresivamente a Ricardo.

—De acuerdo —dijo éste—. Vamos a la chabola.

Entraron en la «chabola», regalo del magnate Colín Tennant a la princesa Margarita, la cual había seleccionado personalmente el mobiliario, decoración, y demás detalles que convertían Las Aguas Felices en un lugar de los llamados de ensueño, y que había servido frecuentemente de nido de amores diversos.

En el salón había las mismas personas que cuando Ricardo lo había abandonado. Este llamó por señas a uno de sus hombres, le murmuró unas palabras al oído, y el comando salió rápidamente de la pieza.

Sentada en un sillón, la deliciosa Nika Traviros miraba ahora como hipnotizada a Jason y Edwina. Esta sonrió a la niña, que inició a su vez una sonrisa.

—Les voy a presentar a todos los rehenes que tenemos en la casa —dijo Ricardo—. Luego, ustedes pueden ir fotografiándolos a su gusto y haciéndoles preguntas respecto a si los tratamos bien o cualquier otra cuestión que les parezca interesante. Por hablar, que no quede: todos pueden decir lo que deseen, no hay problema. Sin embargo, en cualquier caso, si ustedes escriben o graban algo quiero leerlo.

—¿Para... corregirlo? —deslizó Edwina.

—Para asegurarme de que nadie dice mentiras, señorita Mayflower. Si alguien quiere decir que Gilberto es feo —señaló a uno de los comandos— puede decirlo libremente, porque Gilberto es feo; pero que no diga que Gilberto es un cruel asesino y un vil canalla, porque eso no es cierto.

—Comprendido. Y realmente, Gilberto es feo. ¿Verdad Jason?

Este encogió los hombros, mientras el comando Gilberto (que era feo, en efecto) sonreía divertido. También sonreía Nika Traviros, que evidentemente estaba entendiendo algo de la conversación.

Cinco minutos más tarde todos los rehenes que había en la mansión se hallaban reunidos en el salón. A un lado se colocaron los servidores de la casa, ante los cuales desfilaron Jason y Edwina escuchando sus nombres. Al otro lado, los personajes «importantes», encabezados por la princesa Mareta de Inglaterra, cuyo aspecto no era precisamente feliz ni, a decir verdad, demasiado atractivo en aquella soleada mañana caribeña.

Aparte de ella, Ricardo Hoffmann presentó a los siguientes personajes:

Harvey Waverly, senador de los Estados Unidos de América.

Conrad Masterson, ministro británico de Energía.

George Cranston, senador de los Estados Unidos de América.

Adam Embury, político, con asiento en la cámara británica.

Howard Travers, ídem.

Jasper Lambert, financiero canadiense.

Hamilton Tritton, financiero norteamericano.

Estos dos últimos, así como el ministro Masterson, se hallaban acompañados de sus respectivas esposas, señoras Masterson, Lambert y Tritton.

Gérard Dutroux, un francés bellísimo que había sido «requisado» de una hermosa casa no muy alejada de Las Aguas Felices, en compañía de su amigo Jean Marie Lordieu. Ambos homosexuales a todas luces, y evidentemente en plena luna de miel que el Comando Malvinista habla interrumpido. Los dos muy buenos amigos de la princesa.

Wilson Mc Neil, un escocés, también amigo de la princesa, que habla tenido la mala suerte de hallarse de visita en la mansión cuando Ricardo Hoffmann y once de sus hombres cayeron sobre el tejado, terraza y jardín.

Y finalmente, Nika Traviros y sus padres, que éstos sí estaban más que asustados, y preguntándose por qué habían tenido la mala ocurrencia de querer alejarse del acoso que el público hacía objeto a si hija, y por qué habían aceptado precisamente aquel lugar recomendado por el avisado agente artístico de la niña, que no perdía ocasión de promocionarla. Y efectivamente, había parecido

una buena promoción enviar a la niña de vacaciones a la isla Mustique, cuyas fotografías facilitarían a la prensa poco antes de abandonarla...

Las únicas personas que demostraron un cierto estilo y sentido de adaptación a medida que iban siendo presentadas fueron la pequeña Nika y los dos homosexuales, que hicieron algunos aspavientos de fingido temor cuando el impresionante Jason Moore se pasó ante ellos mirándolos atentamente.

Mientras tanto, Luis habla llegado acompañado de dos comandos que portaban todo el equipo profesional de Jason y Edwina, los cuales miraron interrogantes a Ricardo Hoffmann.

—Por supuesto que sí —autorizó éste—: pueden empezar a tomar fotografías cuando gusten.

Nada más oír esto, la princesa Margarita originó un altercado que Ricardo intentó detener, sin conseguirlo, pues la princesa insistió en que a ella no iba a fotografiarla ningún negro. Edwina Mayflower le dio la réplica inmediatamente:

—Jason no es lord Snowdon, querida —dijo—, pero le aseguro que sabe tomar excelentes fotografías.

Hubo algunas sonrisas contenidas, y la princesa, tras mirar con desconcierto y finalmente con ira a Edwina, abandonó el salón. Esto mereció un comentario por parte de la implacable Edwina:

—Bueno, su foto ya aparece en demasiadas revistas de tres al cuarto. ¿Alguno más de ustedes prefieren no ser fotografiado? Nuestra intención es enviar las fotos a nuestro periódico en San Juan de Puerto Rico, con el permiso del señor Hoffmann, y con objeto de que el mundo vea que están bien. ¿Eso les parece inapropiado? ¿Señores Traviros?

—Pues nosotros... Yo... No sé —tartamudeó el calvo señor Traviros

—Podemos hacerles unas fotografías a usted y su esposa, con Nika y con un par de comandos del señor Hoffmann..., ¡siempre y cuando uno de ellos no sea Gilberto!

La ocurrencia de Edwina Mayflower ocasionó unas cuantas risas contenidas que atenuaron no poco la tensión que todavía persistía debido a lo ocurrido con la princesa Margaret. Nika Traviros dijo que ella sí quería que le hicieran las fotografías, pero con el señor Ricardo, que tras contemplarla unos segundos dubitativo terminó

por aceptar. La atmósfera del salón comenzó a cambiar notablemente, los rehenes se fueron relajando. La mañana era hermosísima. Muy lejos, sobre las montañas de San Vicente, se veían unas grandes nubes blanquísimas que parecían de nata; el resto del cielo era de un azul diáfano, refulgente, como si tras la imaginaria bóveda celestial hubiera una maravillosa luz.

Jasper Lambert, el financiero canadiense, así como su esposa, se negaron a ser fotografiados, y lo mismo sucedió con el político británico Adam Embury y los dos homosexuales. Nadie les insistió. Edwina Mayflower se convirtió en la coordinadora de las relaciones entre los rehenes, a los que instó a que se comunicaran más con los comandos malvinistas, la mayoría de los cuales hablaban inglés, y algunos francés, y hasta dos de ellos parecían capaces de formar frases en latín.

De pie cerca de uno de los ventanales, Ricardo Hoffmann observaba en silencio la labor de Jason y Edwina, cigarro habano entre los dientes. Sobre todo no perdía de vista a Edwina, que arrancaba sonrisas a los rehenes y hacía reír a Nika Traviros. Jason conversaba con los hombres, sosteniendo ante ellos una grabadora. Harvey Waverly, senador, decía en aquel momento:

—...de ninguna manera hasta ahora. Ciertamente, condeno lo que está sucediendo, pero tengo que admitir que el comandante Hoffmann, jefe del Comando Malvinista, es una persona correcta en todos los sentidos..., dejando aparte, claro está, lo ilegal de esta invasión y del uso de la fuerza...

Edwina Mayflower vio entrar a otro comando en el salón, y conversar unos segundos con Ricardo Hoffmann, tras lo cual ambos salieron del salón. Inmediatamente, Edwina se acercó a Gilberto, y le preguntó:

—¿Quién es el que acaba de venir a buscar al señor Hoffmann?

—Alberto Riquelme, el segundo comandante del comando, señorita.

—¿Y cuáles jefes más hay? ¿Están en la isla, o en la casa?

Gilberto se quedó mirándola, sonrió mostrando unos dientes sorprendentemente blancos, y eso fue todo.

CAPÍTULO III

A media tarde, cuando Jason y Edwina estaban tomando plácidamente el sol junto a la piscina, apareció Ricardo Hoffmann, con un aromático cigarro entre los dientes, y se quedó mirándolos desde el límite del césped. Edwina fue la primera en darse cuenta, y le sonrió.

—Hola, comandante —saludó—. Venga, acérquese.

—Temo estropear el césped con mis botas —sonrió también Ricardo.

—El césped volverá a crecer —aseguró Edwina.

Hoffmann se acercó a ellos, y se sentó, dando frente a ambos, que se habían sentado. Edwina llevaba puesta solamente la pieza inferior del bikini conseguido en la mansión, y sonrió de nuevo cuando la mirada de Hoffmann, lenta y serena, se posó en sus pechos y los valoró sin disimulo alguno.

—Le estábamos buscando para hacerle un reportaje a usted —dijo Edwina—. ¿Tiene inconveniente?

—Lo dejaremos para otro momento —eludió Ricardo—, cuando tengan listo el reportaje que han estado preparando durante todo el día no olviden avisarme.

—Bueno, tenemos muchas fotografías, pero no nos hemos decidido a escribir todavía los textos —dijo Jason.

—¿Por qué? ¿Algo no va bien?

—Nos gustaría estar seguros de que no decimos tonterías.

—Entiendo. Quieren conocer mejor la situación, ¿no es así?

—Ayudaría mucho. Desde luego ahora mismo podríamos escribir respecto al buen trato que los rehenes están recibiendo

físicamente, pero nos gustaría enviar un reportaje bastante más completo.

—¿Más completo? —alzó una ceja Ricardo—. ¿En qué sentido?

—Quisiéramos estar seguros de que los rehenes no dicen lo que dicen porque hayan sido... aleccionados. Es decir, que hayan sido sometidos a una presión de terror. Eso no encajaría con nuestras ideas de libertad, señor Hoffmann. Y aparte, nos gustaría hacerle un reportaje a usted.

—Por el momento —se endureció un poco Hoffmann—, he venido a decirles que cuando tengan listo su reportaje deben entregármelo para que lo supervise y decida si sale de la isla hacia Puerto Rico. Espero que no intenten ninguna otra solución a nuestro acuerdo.

—No se preocupe —aseguró Jason—. ¿Puedo hacerle ahora aunque sólo sea una pregunta?

—Hágala.

—¿Esto lo ha preparado usted?

—No.

—¿Quién?

—Digamos que intervine en esta parte de la acción conjunta que abarca toda la operación del Comando Malvinista.

—¿Es usted un táctico? ¿Un estratega? —preguntó Jason.

—Más o menos.

—¿Un militar argentino? —sonrió Edwina.

—Tal vez.

—Vamos, señor Hoffmann, en cuanto su nombre aparezca en nuestro periódico todo el mundo podrá saber muy pronto quién es usted. En alguna parte debe constar su nombre, su historial... La CIA o cualquier otro organismo de espionaje, como el Intelligence Service británico lo identificará plenamente. ¿Qué importa que usted nos diga ahora a Jason y a mi quién es exactamente?

—Dejaremos que la CIA y el IS trabajen un poco —sonrió Hoffmann.

—Está bien. De lo que no tenemos duda es que usted es un hombre valiente e inteligente. Hablemos ahora de las personas que deberán ir a Londres para, según tenemos entendido hablar personalmente con la reina Isabel. ¿Podemos saber quiénes son esos hombres?

—Desde luego que no.

—¿Qué son?

—Gente adecuada para esa entrevista, señorita Mayflower.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—¿Cree que conseguirán ser recibidos por la reina?

—Ya tienen hora para la cita: serán recibidos a las diez de la mañana en Buckingham Palace. Hora de Londres, se en tiende; las seis de la mañana en esta isla.

—¿Van a ser recibidos? —murmuró Edwina—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Tenemos montado un servicio de radio en el que no se ha descuidado detalle. Diferentes enlaces me permiten estar en todo momento al corriente de los sucesos de Londres o de cualquier otro lugar que convenga a la acción de este comando liberador.

—De manera que la reina Isabel los va a recibir... ¿Debemos creer que los servicios de seguridad de Su Majestad van a llevar ante ésta a dos hombres no identificados?

—Los servicios de seguridad de Su Majestad sí saben quiénes son esos dos hombres, señorita Mayflower.

—Ah. Entonces..., ¿qué importa que lo sepamos nosotros, que somos mucho más inofensivos, y que, además, estamos de su parte?

—Enrique Varela y Oscar Platini —sonrió Hoffmann; y movió la cabeza con gesto entre divertido y admirativo—. ¡Ché, vos sos capaz de convencer a cualquiera, pebeta!

—Sí, soy bastante persuasiva —rio Edwina.

—En cambio, él —Ricardo señaló a Jason con la barbilla—, es más bien muy callado.

—Solemos repartirnos el trabajo; digamos que cada uno hace lo que mejor sabe y puede hacer. Supongo que ustedes hacen lo mismo... Quiero decir que usted es el jefe indicado para el asalto de la isla y sus amigos Enrique Varela y Oscar Platini son los indicados para visitar a la reina de la Gran Bretaña.

—Efectivamente.

—¿Y quién más interviene? Dejando aparte al traidor, claro.

—¿Qué traidor? —parpadeó pillado por sorpresa Ricardo.

—Ustedes no podrían haber sabido de la reunión que se estaba preparando en esta mansión si alguien no les hubiera informado de

ello. Ese alguien tiene que ser británico, norteamericano, o tal vez canadiense; Jason y yo pensamos que lo más probable es que sea norteamericano o británico: algún agente de los servicios secretos o de seguridad de uno u otro país. De ahí partió la información para el Comando Malvinista. ¿Cierto?

—Es posible —entornó los párpados Hoffmann.

—Oh, vamos, Ricardo: ¡es seguro! Pero además de ese hombre... ¿hay alguien más?

—¿Por qué supone eso, cómo se le ha ocurrido que hay alguien más aparte de Platini, Varela y yo? ¿No nos cree lo suficientemente inteligentes a nosotros tres? Eso aparte, podemos tener nuestros propios medios de información.

—No diga tonterías —gruñó Jason—; para haber conseguido esa información han tenido que contar con alguien introducido en un organismo importante, ya sea americano o británico. Hay un traidor en alguna parte; pero además del traidor tiene que haber alguien que haya propiciado la labor del traidor, el que haya puesto en marcha a éste, el que le hizo la oferta inicial.

—Eso eleva a cinco el número total de dirigentes de la operación, ¿no es así? —dijo Ricardo.

—Como mínimo. Ustedes tres, el traidor directo, y OTRO.

—Son ustedes muy listos, ¿verdad? Y hasta diría que se están pasando de listos..., tanto que están empezando a inquietarme. Y no tengo por qué pasar preocupaciones por culpa de ustedes, que a fin de cuentas están a mi disposición. Piensan demasiado para ser simples periodistas.

—No somos simples periodistas —se sorprendió Edwina—. Quiero recordarle que desde el primer momento le dijimos que nuestra intención era, también, ver si podíamos tomar modelo de la acción de ustedes para intentar lo mismo con respecto a Puerto Rico. ¿Se lo dijimos o no?

—Sí, es cierto —tuvo que admitir Ricardo.

—Entonces, veamos: ¿no quiere usted ayudarnos, no quiere decirnos cómo lo montaron todo de un modo tan perfecto?

—No tiene por qué decírnoslo ahora mismo —terció Jason—. Podemos perfectamente esperar a que la operación termine. Piénselo, Hoffmann; sólo se trata de que un libertador ayude a otros que pretenden conseguir idénticos objetivos.

Ricardo Hoffmann iba mirando de uno a otra a medida que hablaban. Tras las últimas palabras de Jason los tres permanecieron en silencio no menos de medio minuto. Por fin, Ricardo murmuró:

Reflexionaré sobre ello. Y no olviden que quiero ver lo que pretenden enviar a su periódico.

Se puso en pie, sin conceder más oportunidad para el diálogo, y se alejó. Jason le siguió con la mirada, mientras Edwina miraba hacia una parte del jardín donde había dos hombres conversando desde hacía apenas un par de minutos, el senador Waverly y el político británico Adam Embury. Este miró a Ricardo Hoffmann alejándose, y Edwina, que captó la mirada, sintió una profunda impresión, que la impulsó a ponerse en pie.

Inmediatamente, al captar su movimiento, los dos hombres que conversaban la miraron a ella. Edwina sonrió, recogió la pieza superior del bikini, y se la puso. Sin perder la sonrisa y sin mirar a Jason, murmuró:

—Voy a charlar con Waverly y Embury. Procuraré que Embury esté de frente a ti en todo momento; estudia su expresión.

Jason no contestó, y, por otra parte, Edwina no esperó respuesta. Simplemente, se acercó a los dos hombres, que dejaron de conversar cuando la vieron aproximándose. Los dos la miraban sin poder ocultar su admiración cuando ella se detuvo, reluciente al sol su espléndido cuerpo palpitante.

—Creía que ningún rehén podía salir de la casa... —dijo Edwina—. ¿No se están arriesgando a hacer enfadar a Ricardo Hoffmann?

—El jardín está considerado como componente de la casa —dijo el senador norteamericano.

—Ah. Bueno, eso hace menos agobiante la situación, ¿no les parece?

—¿Qué es lo que quiere usted? —masculló Embury—, Ya tomó sus fotos, ¿no es cierto? ¿Qué quiere ahora?

—Solamente buscaba un poco de charla.

—Usted es norteamericana, ¿verdad? —dijo Waverly.

—Más o menos —sonrió la bella Edwina—: soy de Puerto Rico, señor senador.

—Entiendo. Bueno, tenga mucho cuidado con lo que hacen usted y su amigo. Esta gente no está para bromas. Y nosotros tampoco. Evidentemente, es usted una persona simpática, pero no

estamos en situación de valorar esa cualidad.

—¿He hecho algo que le haya molestado, senador? —alzó las cejas Edwina.

—Todavía no. Hasta luego, Embury.

El senador norteamericano se alejó. El político británico se dispuso a hacer lo propio, si bien en otra dirección, pero Edwina le tomó suavemente de un brazo, reteniéndolo.

—Señor Embury, quería hablar con usted.

—¿Sí? —la miró el británico de arriba abajo—, ¿Sobre qué?

—Sobre la mirada que ha dirigido usted antes a Ricardo Hoffmann.

—¿Qué mirada?

—De odio. La he visto claramente. Yo comprendo que usted no simpatice con la situación ni con los personajes que la han provocado, pero debería usted abstenerse de manifestaciones personales. Más que nada porque podrían provocar una reacción desagradable que deterioraría la situación en la isla y sobre todo en esta mansión.

—¿Quién demonios se ha creído que es usted? —enrojeció de cólera Adam Embury.

—Una negrita linda. ¿No es eso lo que usted piensa de mí?: he ahí una negrita linda, con un cuerpo de pantera, a la que de buena gana me llevaría a la cama y saciaría con ella mis apetitos sexuales hasta aburrirla; luego la echaría a la basura, claro está. ¿No es eso lo que piensa de mí?

—Bueno —dijo cáusticamente Embury—, realmente usted no es más que una negra, señorita Mayflower. Y mi desdén hacia su raza incluye los asuntos sexuales: no me acostaría con usted ni que me cubriesen de oro.

—El asco es mutuo —aseguró Edwina—, Mientras tanto, voy a permitirme darle una orden: no complique las cosas. ¿De acuerdo?

Adam Embury, alto, atractivo, cincuentón, rubio, altivo, estaba ahora boquiabierto. Cuando consiguió reaccionar exclamó:

—¿He oído bien? ¿Usted me ha dado una orden?

—Así es. Supongo que el servicio secreto de Su Majestad está tomando sus medidas alrededor de esta isla, y que llegado el momento actuaría conforme a las circunstancias lo requiriesen para anular el Comando Malvinista y protegerlos a todos ustedes.

Mientras tanto, le aseguro que la CIA ha tomado también sus medidas.

—¿De qué está hablando? —jadeó el británico—. ¿Es usted de la CIA?

—Por supuesto. Aparte de que deseamos colaborar en la solución de este problema tenemos un hecho evidente: alguien informó al Comando Malvinista de la próxima visita del señor Reagan a la isla Mustique..., y la CIA quiere saber quién es ese alguien. Aunque también podría ser un agente británico quien vendió la información. En cualquier caso, tanto el Intelligence Service como nosotros pretendemos básicamente que nadie sufra mal alguno. ¿Me ha comprendido, señor Embury?

—Sí.

—Pues modere su actitud y sus reacciones de toda clase cuando mire a Ricardo Hoffmann o a cualquier otro componente del comando. No complique las cosas, por favor.

Adam Embury aspiró profundamente.

—Usted tiene razón, sin duda —murmuró—, pero apostaría a que no le mataron dos hijos en las Malvinas.

—Lamento mucho eso —se condolió sinceramente Edwina—. Y comprendo su pena y su resentimiento, señor Embury, pero, por favor, insisto, reserve sus manifestaciones para momentos menos comprometidos. Usted tiene que comprender esto.

Embury volvió a aspirar hondo, fija su mirada en los grandes ojos de Edwina. Por fin, asintió lentamente.

—De acuerdo —dijo quedamente—. Y dígame si puedo ayudarles en algo.

—Nos conformaremos con que se comporte cuerdamente y procure que los demás hagan lo mismo. Gracias, señor Embury.

Este se alejó, y Edwina regresó por el césped para sentarse junto a Jason, que encogió los hombros.

—No puedo decirte nada que tú no hayas observado mejor que yo. Pero ese hombre está hirviendo de odio. Es peligroso.

—Le mataron dos hijos en ese lamentable asunto de las Malvinas.

—Ya he leído eso en el movimiento de sus labios. Un hombre así podría complicar mucho las cosas aquí.

—Procuraremos no perderlo de vista. ¿Qué te parece si nos

encerramos en una de las habitaciones de la servidumbre?

—Buena idea —sonrió prietamente Jason.

—¡Pero no para eso! —rio ella—. Tenemos que escribir algo, o Ricardo Hoffmann se va a mosquear.

—Habrá tiempo para todo, espero. A menos que te hayas convertido en una frígida.

—Me parece que no —susurró Edwina—. Vamos a probarlo.

* * *

Estaban empezando a emprender el vuelo del placer, tendidos en la cama, fuertemente abrazados, cuando la puerta de la habitación del servicio que Hoffmann les había proporcionado se abrió de repente, con fuerza y en silencio, y velozmente entraron cuatro hombres armados con metralletas que se situaron junto a la cama, apuntando a sus ocupantes.

Estos, en pleno acto sexual, quedaron inmóviles, hasta el punto de que cuando entró Ricardo Hoffmann tanto Edwina como Jason parecían estatuas.

—Esta es otra de las muchas experiencias que nunca antes había tenido —dijo secamente Hoffmann—: un hombre y una mujer jodiendo. ¡Vamos, salgan de la cama!

Edwina y Jason salieron de la cama. Ella agarró el jersey de hilo que había llevado aquella noche durante la cena, y se lo puso; los hermosísimos pechos llenaron de un modo maravilloso el jersey. Los cuatro hombres de Hoffmann contemplaban con ojos desorbitados aquella hermosura, y luego, a vez, descendieron hacia el negrísimo vello en forma de triángulo entre las ingles de Edwina, que se puso enseguida una falda. Habla ido tan rápida que Jason sólo había tenido tiempo de ponerse los pantalones.

Y evidentemente ya no iba a tener tiempo de ponerse nada más, pues Ricardo Hoffmann lo empujó hacia la puerta, haciendo lo mismo acto seguido con Edwina.

—Venga, afuera... ¡Caminen!

Ambos descalzos, Jason medio desnudo, salieron de la habitación, y recorriendo el camino hacia la cocina, en cuya puerta había otros dos hombres armados esperando. Entraron en la cocina, y desde ésta salieron de la casa y caminaron por el jardín hasta divisar la piscina. Edwina calculó que debían ser no menos de las doce de la noche. Alrededor se veían luces, excepto en la parte que

daba al embarcadero, situado al pie del pequeño acantilado que delimitaba el terreno por aquella parte. También había alguna que otra luz en la casa.

Y estas luces reflejaron en las armas que empuñaban una docena de comandos colocados a un lado de la piscina.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Edwina.

—Ya les advertí que los ejecutaría si pretendían engañarme, ¿no es cierto?

—¿En qué le hemos engañado? —mostró hipócrita sorpresa Edwina—. Nos hemos pasado el día trabajando, después de cenar terminamos los textos que le entregamos, todo iba bien... ¿En qué le hemos engañado?

—Colóquense allí —señaló Hoffmann, fríamente, tan fríamente que casi conseguía retener su cólera—. ¡Vamos, háganlo!

—Espere un momento —murmuró Jason—. Queremos saber qué demonios le está impulsando a hacer esto. Usted no puede fusilarnos sin darnos ninguna explicación.

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana —aseguró Hoffmann—. Sobre todo cuando unos personajes como ustedes han abusado de mi paciencia y mi buena disposición. ¡Patriotas de Puerto Rico! ¡Bah! ¡Malditos embusteros! Caminen hacia ese lado. ¡De prisa, no quiero pasarme el resto de la noche ocupado con dos negros embusteros! ¡Leticio!

—¡Aquí mi comandante! —se destacó un comando

—Coloca bien el pelotón y dirige la ejecución.

—¡Sí, mi comandante! ¡A ver, vosotros, todos ahí bien puestos y preparados! Y ustedes —se volvió hacia Jason y Edwina—, háganme la merced de colocarse a ese otro lado no sea que fueran a caer dentro de la piscina. ¡Caminen hacia ahí!

Los comandos se estaban colocando en fila. Se oía el rumor de los correaes, de las botas, el sonido metálico de algunos mecanismos. Había luces y sombras, relucir de armas de ojos, de estrellas.

—¡Pelotón! vociferó Leticio—. ¡Preparen armas!

CAPÍTULO IV

UNA cosa estaba más que clara: los comandos no parecían precisamente felices con la perspectiva de fusilar a dos personas. No obstante, comenzaron a adoptar la posición adecuada para proceder a la ejecución..., mientras Jason y Edwina cambiaban una mirada y el primero decía:

—Hasta luego, mi amor.

—Hasta luego —sonrió ella.

Leticio y Ricardo, que eran los que estaban más cerca, les oyeron perfectamente, y hasta comenzaron a maravillarse de la serenidad de los dos negros, creyendo que aceptaban valerosamente la muerte y que esperaban reunirse en espíritu después de muertos.

Nada más lejos de las intenciones de Jason y Edwina, los cuales entraron en acción tan rápidamente, de modo tan desconcertante, que durante dos o tres segundos nadie supo qué hacer en el jardín de Las Aguas Felices.

Fueron suficientes para Jason y Edwina.

Esta giró, se dirigió directamente hacia Ricardo Hoffmann a toda velocidad, y sin más consideraciones le aplicó un tremendo puntapié entre las ingles que alzó al argentino como si fuese un muñeco de paja, mientras un fortísimo grito brotó de entre sus labios.

Todavía estaba Hoffmann en el aire cuando Edwina ya le había quitado la pistola y corría hacia la casa.

Fue en ese momento cuando Leticio reaccionaba, sacando su pistola y comenzando a apuntar a Edwina... La noticia del ataque de Jason la tuvo en un instante. Vio acercarse a él una sombra

gigantesca, respingó, se volvió hacia Jason Moore, y éste, simplemente, le largó un bofetón que, alcanzándolo en pleno rostro, le partió la mandíbula y lo tiró volando hacia la piscina, en cuyas aguas se sumergió.

Edwina llegaba a la casa, y Jason, sin detenerse, efectuó otra acción igualmente increíble y absurda: en lugar de intentar correr tras ella o escapar en cualquier otra dirección se lanzó directo hacia el pelotón de ejecución, disparando con tal velocidad y potencia que parecía dispuesto a atravesar sólo con el impacto de su cuerpo un muro. Los comandos vieron aquella forma humana negra y poderosa cargando hacia ellos, y a dos se les escapó el arma de las manos, tal fue su sobresalto. Otros dos se movieron tan torpemente que golpearon a sus compañeros con las armas... El resto, ya no tuvieron tiempo ni siquiera de cometer errores o torpezas: Jason Moore llegó ante ellos, y cruzó la fila derribando hombres y lanzando armas a todas partes...

Un instante más tarde, había desaparecido entre las frondas del jardín.

Y fue entonces cuando la cabeza de Leticio regresó a la superficie del agua de la piscina. Leticio escupió agua, y comenzó a aullar. Cerca de la piscina, Ricardo Hoffmann, pálido como un cadáver, conseguía ponerse de rodillas, ambas menos entre las ingles. Los comandos no sabían si disparar a alguna parte, ayudar a Hoffmann, o sacar a Leticio de la piscina. El lugarteniente de Hoffmann, Alberto Riquelme, apareció en la zona de la piscina, seguido de dos hombres más, todos armas en mano.

—¡Ricardo! —gritó Riquelme—. ¿Qué pasa?

Hoffmann no conseguía ponerse en pie. Riquelme dio unas órdenes, imponiendo el sentido común, esto es, que unos hombres ayudaran a Leticio y otros a Hoffmann, mientras los restantes corrían hacia la casa y hacia el embarcadero dando la voz de alarma...

Mientras tanto, Edwina Mayflower había entrado en la casa, y se había dirigido directa como una bala hacia la habitación de la servidumbre donde Hoffmann les había alojado de su inesperada reacción. Entró en el dormitorio, recogió su maletín, y volvió a salir, echando a correr hacia la cocina. Por detrás de ella sonaron voces de hombre, pisadas recias, gritos. En el interior de la casa se

oían voces excitadas, asustadas; comenzaron a encenderse luces. Afuera, en el jardín, se encendieron también más luces, e incluso fueron encendidas varias linternas.

Edwina llegó a la cocina, la cruzó, saltó al exterior por una ventana... y dos comandos que llegaban entonces respingaron cuando cayó justo ante ellos.

Visto y no visto.

La bellísima Edwina golpeó con la pistola a uno de los argentinos en un lado de la cabeza, derribándolo sin sentido y sangrando. El otro gritó, retrocedió, comenzó a colocar su metralleta orientada hacia la espía... Esta giró como en impecable paso de baile, su pierna derecha se alzó veloz como un látigo, y el talón golpeó en la sien derecha al comando, que puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás como muerto...

—¡El negro ha ido hacia el embarcadero! —oyó Edwina la voz —. ¡Y la negra está en la casa!

«Sois un poco lentos para mí —se dijo Edwina, echando a correr —. Y de él no vais a ver ni la sombra.»

Echó a correr por el jardín, desapareciendo entre la vegetación.

A poca distancia de allí Jason Moore también se deslizaba entre la vegetación hacia el embarcadero, donde había luces y rumor de voces y gritos. Recorrió una estrecha zona donde apenas había vegetación, alcanzando enseguida la franja más próxima a la playa, donde la vegetación era tan tupida que no había la menor posibilidad de correr; había palmeras y helechos, y por entre ellos se filtraba la luz como destellos de sol, como disparos. Las voces parecían enredarse entre las ramas y hojas de helechos. Desde el embarcadero unas luces iluminaban las copas de las palmeras. Era un ambiente como fantasmagórico, pero todo esto tenía a Jason completamente sin cuidado. Se detuvo, regulando el ritmo respiratorio, manteniéndolo silencioso. Le llegaron las voces ordenando la vigilancia intensiva del embarcadero. Parecía que las cosas se estaban normalizando, y sesenta comandos se disponían a emprender la caza de dos negros fugitivos...

Jason Moore no se complicó la vida en absoluto. Se desvió pronto hacia la izquierda, desistiendo por completo de acercarse al embarcadero, y buscando un lugar desde el cual pudiera acceder al mar sin complicaciones. No tardó en encontrarlo, se deslizó hasta la

playa, y, silenciosamente, se introdujo en el agua, comenzando a nadar mar adentro.

Solamente había un problema: la aparición de un tiburón hambriento y dispuesto a atacar al hombre. Pero tampoco iba a tener tan mala suerte: a aquella hora incluso los tiburones debían estar durmiendo. ¿O los tiburones no dormían?

Jason Moore continuó nadando mar adentro, sin prisa y sin pausa. Le molestaban tanto los pantalones que finalmente optó por quitárselos, quedando completamente desnudo. Es decir, dándole todas las facilidades a cualquier tiburón con buen apetito.

Transcurrió más de una hora antes de que Jason viese la bengala como brotando del mar y dirigiéndose hacia el cielo. Se alzó graciosamente, y la estela terminó y apareció la bola de luz que se esparció sobre el mar y alcanzó hasta la isla Mustique. Jason comenzó a nadar en aquella dirección, mientras la luz de la bengala iba descendiendo lentamente.

En la mansión, Ricardo Hoffmann, ya repuesto lo suficiente para haber recuperado el mando del Comando Malvinista, vio perfectamente aquella luz, y se quedó mirándola con hostilidad. Junto a él, Riquelme propuso:

—Deberíamos llegarnos a ese lugar del mar con una lancha rápida, Ricardo.

—Nada de eso —negó el jefe del comando—. Puede ser una trampa. Debe haber una buena cantidad de lanchas americanas y británicas por aquí, bien armada y con numerosa dotación. Y no me sorprendería en absoluto que hubiera incluso submarinos.

—Es verdad —murmuró Riquelme—. Bueno, se me ocurrió que podían ser esos negros quienes hubieran lanzado la bengala...

—¿De dónde demonios habían de sacarla y cómo la iban a lanzar? Además, ¿para qué lo harían? ¿Para que viésemos su situación y fuésemos a por ellos? Son cualquier cosa menos tontos. Y apostarí cualquier cosa a que están en tierra firme, buscando un buen escondrijo hasta que puedan encontrar una verdadera oportunidad de escapar de esa maldita isla...

Ricardo Hoffmann estaba por completo equivocado, ya que quien había lanzado la bengala había sido Edwina Moore, la cual, en aquel momento, preparaba el siguiente disparo, utilizando el secador de cabello de su maletín, que servía también de

lanzabengalas; éstas eran pastillas contenidas dentro de un frasco con etiqueta farmacéutica, y cuya combustión se activaba precisamente con los mecanismos del secador de cabello... Así que Edwina lanzó otra bengala, y apoyó el secador en la superficie de su maletín, que, cerrado herméticamente, flotaba ante ella.

Al poco, la luz de la segunda bengala iluminó de nuevo el mar, y comenzó a descender lentamente.

No fue hasta que hubo disparado la tercera bengala que divisó aquella forma oscura nadando hacia ella. Esperó a que estuviera más cerca, y advirtió:

—Si eres un tiburón no te acerques más, o te arrepentirás.

—¿Y si no soy un tiburón? —llegó la voz de Jason Moore.

—Tengo que asegurarme de ello. A ver: la contraseña.

—Dulce es la vida que transcurre en amor y alegría.

—¡Oh, cielos! ¿Eres tú, mi amor?

Jason terminó de llegar junto a ella, y puso una mano sobre el maletín. La luz de la bengala continuaba iluminando la escena.

—¿No nos hemos visto usted y yo antes de ahora, negra? —preguntó él.

—¿Estás bien? ¿No te han herido? —preguntó ella.

—¿Y a ti?

—Ni les di tiempo a verme. No son un comando demasiado avisado.

—Alabemos al Señor por ello.

La bengala estaba ya cerca del agua. Llegó a ésta, desapareció. La oscuridad de nuevo. Sólo hacia la costa se velan algunos puntos de luz.

—Si vienen a buscarnos con lanchas lo vamos a pasar mal —murmuró Jason.

—No vendrán. No se atreverán, eso es todo. Deben estar pensando que a lo mejor hasta disponemos de un submarino.

—¿Y no es así?

—No creo —rio ella—. Pero ya verás como pronto nos recogerán los nuestros o los británicos.

Edwina Moore acertó: media hora más tarde, después de haber lanzado bien espaciadas unas de otras tres bengalas más, apareció la lancha rápida navegando en línea ondulada de búsqueda.

Sus ocupantes eran británicos. Y, por supuesto, al servicio de Su

Majestad.

* * *

—Ya hemos conseguido el contacto con la CIA —dijo el agente británico que dirigía el grupo de la lancha—. No creo que tarden más de diez minutos en reunirse con nosotros. ¿Todo va bien?

Edwina y Jason, envueltos en sendas mantas y tomando café, asintieron. Ya hablan explicado a los británicos cómo estaban las cosas en la mansión, y hablan llegado todos a la conclusión de que podían darse por más que satisfechos si las cosas continuaban como hasta ahora. Si Ricardo Hoffmann decidía complicarlas podía hacer una escabechina espeluznante, así que, por el momento, y a la espera de lo que hablasen en Londres los dos enviados del Comando Malvinista y la reina Isabel, lo mejor era permanecer inactivos..., aunque vigilantes, por supuesto.

—Es curioso —dijo el británico, que los miraba pensativo—: parecen ustedes menos negros que cuando los recogimos.

—El agua nos ha desteñido —le miró divertida Edwina.

—Eso debe ser. Bueno, siento no disponer de ropa para usted, pero no contábamos con...

—No se preocupe: la CIA nos proporcionará de todo. La señal de las bengalas estaba convenida con nuestros compañeros, de modo que saben muy bien quiénes somos y disponen de cualquier cosa que necesitemos.

—Ya entiendo. Son ustedes dos «especiales», ¿no es así?

—Más o menos.

—Pues quizá su intervención «especial» cabree a Hoffmann y decida desahogarse con alguno de los rehenes. ¿No han pensado en eso?

—Hoffmann no es de éstos —aseguró Edwina—. Puede estar más o menos chiflado por un patriotismo mejor o peor entendido, pero puede estar seguro de que no es un criminal. Los rehenes no tienen nada que temer.

El británico asintió, y quedó de nuevo pensativo. Por fin, movió la cabeza.

—En cualquier caso, se diría que ustedes fueron delatados, pues no de otro modo se justifica la actitud inesperada de Hoffmann. Pero si le dijeron que eran de la CIA solamente a Adam Embury esto no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—El señor Embury jamás delatarla a unos agentes de la CIA que además se estaban jugando el pellejo para ver de encontrar soluciones.

—En ese caso, tal vez el señor Embury se lo dijo a alguien... que si nos delató.

—Factible, pero también poco probable, pues el señor Embury, además de ser un político discreto, tiene sus buenos motivos para no dar a los del Comando ninguna facilidad. En nada.

—Me contó lo de sus dos hijos muertos —asintió Edwina.

—El hecho cierto —dijo Jason— es que el cambio súbito de actitud de Hoffmann pudo costarnos la vida; y que ese cambio sólo pudo ser debido a una información recibida sobre nosotros por uno u otro medio.

—Recuerda que él tiene contactos por medio de la radio con puntos de apoyo, mi amor —dijo Edwina—: quizá la información le llegó por ahí. O, si no la información, sí la orden de que no debía permitir nuestra estancia en la casa, que debía eliminarnos.

—De donde se desprende que las personas que al parecer dirigen a Ricardo Hoffmann no tienen tantas contemplaciones como éste —asintió Jason—. Lo tendremos en cuenta.

Otro agente británico se asomó al interior de la reducida cabina de la lancha, diciendo:

—Phillip, ahí están los americanos.

—De acuerdo —el rubio Phillip sonrió—: pueden quedarse las mantas como un recuerdo de sus primos británicos. Y buena suerte.

Cinco minutos más tarde, Jason y Edwina pasaban a otra lancha más grande y no menos veloz que la de los británicos, que había llegado escoltada por otras dos más pequeñas y todavía más veloces. En la lancha grande había un verdadero enjambre de agentes de la CIA armados hasta los dientes, que contemplaban con más que evidente interés a los fabulosos Jason y Edwina, dos de los agentes clave de la CIA para misiones especiales.

Pasaron todos al interior de la lancha, a una salita pequeña pero confortable, donde, entre otras cosas, había mantas secas y ropa para ambos, pues, en efecto, cualquier contingencia que pudiera sobrevenirles a Jason y Edwina estaba prevista.

Un murmullo escapó de labios de los agentes de la CIA cuando

los dos negros retiraron de sus cuerpos las mantas un poco húmedas regalo de los «primos» británicos para sustituirlas por las secas mantas americanas que les esperaban. El cuerpo musculado de Jason Moore resultó impresionante; el cuerpo de Edwina Mayflower causó el pasmo y la admiración.

—Bueno, bueno —rio Edwina—, ¿qué tal si hablamos de cosas importantes y serias? Les explicaremos todo por nuestra parte, pero ahora hay una cosa que Jason y yo queremos saber: ¿están ejerciendo algún control nuestros compañeros de Londres sobre los dos hombres que serán recibidos por la reina?

—Claro. Estamos trabajando unidos a los británicos, naturalmente. Nos facilitamos información unos a otros.

—Perfecto. ¿Qué hora es?

—Las dos y media de la madrugada.

—Es decir, que dentro de tres horas y media, las diez en Londres, la reina recibirá a esos dos sujetos llamados Oscar Platini y Enrique Varela. Por supuesto, es imposible estar en Londres a esa hora, pero nos gustaría ir allá cuanto antes. ¿Cómo podríamos arreglarlo?

—Podemos llevarles a Barbados, donde podrían tomar un avión que les llevaría a Nassau, y desde aquí, en vuelo directo, a Londres. Entre unas cosas y otras quizá podríamos arreglarlo de modo que estuviesen en Londres a las seis o las siete de la tarde, hora de allá. Pero me pregunto qué van a der hacer ustedes en Londres.

—¿Cree que no podemos hacer nada? —le miró Jason amablemente.

—Bueno... Quizá no sepan cómo están las cosas allá. Esos s hombres han sido identificados y controlados por el serio secreto británico, de modo que tanto para entrar como para salir de Buckingham Palace irán más que bien escoltados. Terminada la entrevista, serán depositados en el chalé que tienen alquilado, y cabe suponer que seguirán bajo el control de nuestros primos. Supongo que si ustedes solicitan de éstos que les permitan conversar con los dos visitantes serán complacidos, pero eso será todo. Y no me parece que eso sea difícil para nuestros compañeros que ya están en Londres.

—A eso le llamo yo razonar —sonrió Edwina Mayflower—. Pero dígame, ¿usted cree que Jason y yo molestaremos a alguien si

vamos a Londres dispuestos a colaborar en lo que buenamente podamos?

—Seguro que no —sonrió el espía.

—Entonces, hagamos una cosa: ustedes organizan todo ese viaje, y nosotros nos dedicaremos a descansar en todos los momentos que podamos hasta que lleguemos a Londres. Ah, y avisen para que alguno de los nuestros nos esté esperando al pie del avión. Okay?

—Okay.

—Una pregunta —deslizó Jason Moore—: ¿sabemos ya a quién pertenece el hidroavión que utilizaron?

—A una compañía dedicada a vuelos charter en la isla Trinidad. El hidroavión fue alquilado por una semana a un sujeto que aparentó ser un millonario venezolano llamado Domingo Perurena, pero que ahora sabemos que no se llamaba así y que, naturalmente, no era venezolano. En cuanto al hidroavión, fue hallado hundido cerca de la costa de Trinidad, y quedó en evidencia que había sido pintado para esa operación. No obstante, como les digo, fue identificado y localizado su propietario, la compañía de vuelos charter Air Tobago.

—¿Y el tal Perurena?

—Ni rastro.

—Era de prever. Bien, les explicaremos lo sucedido por nuestra parte, y luego descansaremos, hasta que lleguemos a Barbados...

CAPÍTULO V

A las seis y cuarto de la tarde, hora local, llegaron al aeropuerto londinense de Heathrow, donde, tal como hablan solicitado, les estaba esperando un agente de la CIA que los recibió sonriendo de oreja a oreja, lo que hizo comentar a Edwina Moore:

—O tú o yo le resultamos muy simpáticos a nuestro colega.

—Supongo que tú. Yo no suelo resultar simpático.

—No seas exagerado. Eres demasiado serio, pero sólo es cuestión de conocerte. Hay otra posibilidad, además.

—¿Te refieres a la sonrisa de nuestro receptor?

—Ya. Se te ha ocurrido la esperanzadora idea de que sonrío tanto porque el asunto ha terminado felizmente y nosotros nos hemos estado paseando en avión y jugándonos la vida para nada. ¿Eso es lo que piensas?

—Se me ha ocurrido...

Edwina fue desengañada bien pronto por el agente de la

CIA que los recibió, el cual, tras identificarlos plenamente y luchar la esperanza de la bellísima Edwina movió la cabeza negativamente.

—Nada de eso —rechazó—: todo se está realizando según los primeros planes previstos por esa gente.

—¿Los tenemos controlados? —preguntó Edwina.

—Con el permiso y colaboración de nuestros primos. En sentido no hay problema, todo está en orden: no podrían escapar del chalé ni volando. Y hablando de volar: les enviaron una paloma mensajera.

Jason y Edwina se detuvieron, y se quedaron mirando atónitos

al espía.

—¿Una paloma mensajera? —exclamó Edwina—. ¿Les enviaron a esos dos hombres una paloma mensajera? ¿Quién?

—No lo sabemos. Me encargaron que comprara ropas de sus tallas, y zapatos, todo eso. Lo tengo en el coche, en dos maletas. Me pregunto si prefieren ir a un apartamento en Londres o en el campo. Pueden elegir.

—Admirable servicio —gruñó Jason.

—Pero no tomaremos una decisión hasta que nos explique bien eso de la paloma mensajera —dijo Edwina.

—Entonces será mejor que vayamos a sentarnos al coche: estaremos más cómodos.

Poco después, sentados Edwina y Jason en la parte de atrás del coche y el agente de la CIA ante el volante vuelto hacia ellos, explicó el asunto de la paloma mensajera:

—Simplemente, un empleado de una mensajería de Londres se presentó en motocicleta en el chalé, portando una jaula con una paloma mensajera. Le dieron el alto los británicos, pero el hombre dijo que le habían dado la dirección correcta, que incluso habían insistido en ella, y que él tenía que entregar la jaula con la paloma... Bueno, mientras se procedía a este interrogatorio del hombre frente a la casa, la puerta de ésta se abrió, apareció uno de los dos sujetos en cuestión y dijo que sí, que la paloma era para ellos, y que debían entregársela. De modo que el jefe del grupo británico autorizó la entrega. Los dos tipos se metieron de nuevo en el chalé con la paloma mensajera, y los británicos y nosotros interrogamos al mensajero, que estaba más que mosqueado. En definitiva, nos dijo cuál era su empresa, y enviamos con él algunos muchachos para preguntar allá el nombre del sujeto que había encargado que llevasen de su parte la paloma a los dos tipos del chalé... Adivinen qué nombre había dado.

—¿John Smith? —sugirió Edwina—. ¿Y además llevaba barba, y lentes oscuros?

—Lo de los lentes y la barba es exacto —frunció el ceño el espía—, pero dijo llamarse Juan Pérez.

—Ya. Y por supuesto no dio dirección alguna ni ha habido la menor posibilidad de localizarla

—Así es.

Edwina y Jason se miraron.

—¿Para qué pueden querer la paloma? —murmuró Jason—. Evidentemente, para enviar un mensaje a alguien, pero... ¿qué mensaje? Porque si se trata de hacer saber a alguien que la reina está de acuerdo con las exigencias del Comando Malvinista, o en desacuerdo, no hace falta la paloma ni nada de nada: basta una seña convenida en determinado momento y en un sitio desde el que alguien la pueda ver, y asunto terminado.

—Lo que quieres decir es que esos dos hombres enviarán algo con la paloma —murmuró Edwina.

—Parece lo lógico, ¿no? —Jason miró de nuevo al agente de la CIA—. ¿La paloma fue enviada ya?

—Que yo sepa, no. Y quedamos que si ocurría alguna novedad, cualquiera que fuese, me la comunicarían por la radio —se tocó el pecho a la altura del bolsillo interior— para que yo los pusiera al corriente a ustedes en el acto.

—Veamos —quiso puntualizar Edwina—: ¿a qué hora les fue enviada la paloma?

—Serían las tres y media de la tarde.

—Las tres y media de la tarde. Ellos fueron recibidos por la reina a la hora prevista, esto es, las diez de la mañana. ¿Sí?

—Sí, sí.

—¿A qué hora regresaron al chalé?

—A las doce y veinte minutos ya estaban de vuelta. Y de entonces están allí. Sólo han sido vistos cuando abrieron la puerta por lo de la paloma.

—¿Hay alguien más con ellos en el chalé?

—No.

—¿Y los británicos han estado todo el tiempo acompañando a esos dos hombres, tanto cuando fueron a visitar a la reina como cuando regresaron?

—En todo momento han estado vigilados estrechamente... Un momento: ¡parece que hay novedades!

Habla sonado un suave zumbido bajo la chaqueta del espía, que sacó la pequeña pero potente radio y admitió la limada.

—Sí, adelante —instó.

—¿Han llegado?

—Sí, están conmigo en el coche. ¿Ocurre algo?

—Diles que acaba de llegar un enviado especial de la reina, lord Hamerston, para hablar con Cabrales y Avenoz. Naturalmente, no sólo hemos permitido el paso a lord Hamerston, sino que tanto los británicos como nosotros nos hemos ofrecido acompañarle. Lord Hamerston se ha negado. Ha dicho que nadie más que ellos podían conocer su mensaje. Al parecer quedó algo pendiente en la conversación o acuerdo entre la reina y esos argentinos... ¡Ahí sale ya lord Hamerston!

—¿Qué hace?

—Se va hacia su coche, eso es todo.

—Pregúntele que cuánto ha durado la visite —murmuró Edwina.

El espía formuló la pregunta, y el otro agente de la CIA informó:

—Ni siquiera cuatro minutos. Prácticamente ha sido entrar y salir del chalé. El jefe de los británicos le está interpellando, pero está claro que lord Hamerston no va a dar ninguna explicación: simplemente, va a regresar a Londres. Sube al coche. Su chófer cierra la portezuela... Se va. Eso es todo. ¿Alguna pregunta?

—Dígale que vigilen la posible salida de la paloma mensajera —dijo Jason.

—Las palomas no vuelan de noche —se sorprendió el otro.

—No discuta con él sobre palomas mensajeras —advirtió Edwina —: es un buen consejo, créame.

El espía asintió, y pasó la pregunta a su compañero de la radio, que dijo lo mismo que él, esto es, que las palomas no volaban de noche.

—Dígale que vigilen la posible salida de la paloma mensajera —repetió exactamente sus palabras Jason, levemente irritado.

La indicación fue repetida, el contacto terminó.

El agente de la CIA se guardó la radio.

—¿Cómo ha dicho usted que se llaman esos dos argentinos? —preguntó Edwina.

—Cabrales y Avenoz... Rufino Cabrales y Julio Avenoz.

—Llévenos allá. Y por el camino más corto, porque queremos...

La radio volvió a sonar, y la llamada fue atendida inmereitamente. Apenas abierto el canal de comunicación sonó al el aparato la misma voz de antes:

—¡Darrell, han soltado la paloma! ¡Maldita sea, no nos ha dado tiempo ni a pensar qué podíamos hacer! ¡De pronto hemos visto

aparecer la paloma por encima de la casa!

—O sea —se inclinó Edwina Mayflower hacia la radio, para hacerse oír directamente—, que la paloma se les ha escapado.

—Sí... Lo siento. Bueno, no esperábamos... ¡Demonios, no hemos tenido tiempo de nada, todavía estábamos discutiendo el asunto cuando la paloma ha aparecido y se ha largado hacia el sur!

—Está bien, no se preocupen. Sólo una cosa más: si esos hombres intentaran marcharse ahora, es decir, antes de nosotros lleguemos, reténalos. Queremos charlar con ellos unos minutos.

—Las órdenes son que esos hombres tienen vía libre en todo momento, y que deben ser complacidos, así que si deciden marcharse no podemos detenerlos.

—He dicho «retenerlos», no detenerlos. Distráiganlos como sea, pero «reténalos» ahí hasta que nosotros lleguemos. ¿Está claro?

—De acuerdo.

* * *

Debían ser cerca de las siete de la noche cuando Julio Avenoz y Rufino Cabrales vieron llegar el automóvil, que se detuvo delante de la casa. No le prestaron mucha atención. Sabían que los británicos y los norteamericanos estaban allí, que no paraban de hacer cosas, de ir de un lado a otro... Todo les tenía sin cuidado, porque sabían que ellos tenían las de ganar. Si miraban de cuando en cuando por la ventana era por simple curiosidad, que esta vez resultó justificada. Los dos vieron apearse a la pareja de negros, y durante unos segundos estuvieron mirándolos estupefactos, en verdad impresionados por la apariencia de Jason y Edwina a la luz del porche del chalé.

—¡Ché, qué negra! —exclamó Avenoz.

—Le metía un revolcón ahora mismo —aseguró Cabrales.

—Pídeselo a la reina. ¡A lo mejor nos la regala!

Se echaron a reír los dos, sin apartar la mirada de Jason y Edwina, que se acercaban con paso decidido.

—¡Mira cómo camina la negra! —exclamó de nuevo Avenoz—. ¡Parece una reina, no más!

—Pidámosla a la reina —se relamió Cabrales.

Dejaron de ver a los dos negros, y enseguida sonó la llamada a la puerta del chalé. Se miraron.

—¿Abrimos? —consultó Cabrales.

—¡Tú dirás, atorrante! ¡Cómo no vamos a recibir a la reina de las negras!

Fueron a abrir los dos. Eran dos hombres altos y fuertes, pero al ver tan de cerca a Jason y Edwina no pudieron dejar de sentirse impresionados. El negro les miraba fijamente, sin expresión alguna. La negra les sonreía que era pura miel.

—Buenas noches —fue ella quien saludó—. ¿Serían tan amables de recibimos? Solamente queremos charlar con ustedes unos minutos.

—Pasen —autorizó Cabrales—. ¿Son americanos?

—Sí. De la CIA. Muy amables, señor...

—Cabrales —sonrió éste—. Él es Avenoz, ya deben saberlo. Pasen, vamos a tomar un trago a la salita. ¿Cenaron ya?

—Todavía no —informó siempre sonriente Edwina, entrando en la casa—. De modo que tomaríamos un aperitivo. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —asintió Jason Moore.

Cabrales abrió la marcha hacia el interior del chalé, y Avenoz la cerró tras ajustar la puerta. Ya los cuatro en la salita, Cabrales se fue directo hacia el mueble-bar, cuyo contenido examinó. Sonrió como aliviado.

—Pues, si —asintió—, tenemos aperitivo francés. ¿Les va bien?

—Estupendo —aceptó Edwina, mirando alrededor—, ¿Están ustedes bien instalados, les atienden bien nuestros amigos británicos?

Los dos argentinos la miraban como fascinados. De pronto se echaron a reír ambos.

—¡Estamos muy bien atendidos en todo! —exclamó Avenoz—. ¡La reina nos ha tratado muy bien!

Jason Moore les dirigió una mirada que, más que fría, resultó terriblemente despectiva, dejando a los dos hombres sin habla. Luego, el atleta negro se acercó a una ventana, y miró hacia el exterior. Poco había que ver, durante la noche. Simplemente, se hallaban en la campiña inglesa, en el condado de Essex, en un chalé cercano a la localidad de Maldon, próxima ésta a Chelmsford. Afuera solamente se veía ahora el coche en el que habían sido traídos a este lugar desde el aeropuerto.

Avenoz y Cabrales reaccionaron, tal vez porque la negra

mirada de Jason dejó de paralizarlos. Cabrales murmuró algo, y sirvió dos aperitivos con hielo, y whisky para él y Avenzoza. Edwina se había sentado en el sofá, y Jason continuaba mirando hacia el exterior.

Cabrales lo señaló.

—¿Qué está mirando? —preguntó.

—Tal vez si regresa una paloma —sonrió Edwina.

—Ah, ya... —sonrió también Cabrales—. No, no regresará.

Jason Moore se volvió hacia el centro del salón, y miró a los dos argentinos.

—Por muy bien entrenada que estuviera, esa paloma no irá muy lejos de noche —dijo secamente—. Es más, lo que creo es que eso estaba previsto, hasta el punto de que no ha volado hacia una casa o un palomar propiamente dicho, sino hacia un vehículo que ella podía localizar y distinguir muy bien.

—Su amigo sabe mucho de palomas —murmuró Avenzoza.

—Más que ustedes —aseguró Edwina—. Veamos: ¿qué llevaba esa paloma mensajera? ¿Algo que les trajo a ustedes poco antes lord Hamerston?

Los dos hombres se quedaron mirándola fijamente. Avenzoza murmuró:

—Y usted es muy lista, preciosa.

—¿Qué les trajo lord Hamerston?

—Pregúntenle a él —dijo Cabrales—. Está al servicio de la reina, es uno de ustedes, ¿no? Pues que les diga él lo que nos ha traído.

—Ustedes saben que no nos lo dirá. Seguramente se trata de algún acuerdo especial entre la reina y ustedes. Ese acuerdo especial estaba... reflejado o concretado en algo que pesaba muy poco, hasta el punto de que podía ser transportado por la paloma hasta el coche donde la estaban esperando... Sea lo que sea, para nosotros ya es irre recuperable. Pero nos gustaría saber de qué se trata.

—Su desfachatez es increíble —dijo Avenzoza—. ¿Qué nos importa a nosotros lo que a ustedes les gusta o les gustaría?

—Podemos pagar el favor de la información —sonrió una vez más la negra.

—¿Pagar? ¿Quiere decir darnos dinero?

Se echaron a reír los dos. Edwina los miraba con creciente curiosidad, con perplejidad incluso. Jason dijo algo que les

atragantó con sus risas:

—Lo que ella les está ofreciendo es sus vidas.

—¿Qué? —saltó Cabrales, tan súbitamente pálido como Avenoz —, ¡Si se atreven a tocarnos tan sólo ya verán lo que...!

—Calma, calma... —pidió Edwina; bebió un sorbito de aperitivo y torció el gesto mostrando su desagrado—. No somos nosotros quienes les amenazamos, ni nada parecido. Simplemente, nos ofrecemos a protegerles del destino que alguien ha preparado para ustedes. Si se vienen con nosotros...

—Pero... ¿De qué está usted hablando? —casi gritó Cabrales—. ¿Qué destino nos han preparado? ¡Usted no sabe nada de nada!

—Me pregunto si saben ustedes quién es Ricardo Hoffmann —dijo Edwina.

—¡Naturalmente! ¡Eso lo sabe todo el mundo en estos momentos! ¡Con más razón nosotros, que formamos parte del Comando Malvinista!

—¿Sí? —se mostró cándidamente sorprendida Edwina—. ¿Y dónde están Enrique Varela y Oscar Platini?

El pasmo dejó mudos y paralíticos a los dos hombres durante unos segundos. Cabrales fue el primero en reaccionar, preguntando:

—¿Quiénes son éstos?

—Según nos explicó personalmente a nosotros dos nuestro amigo Ricardo Hoffmann —dijo muy suavemente Edwina—, esos dos hombres, Enrique Varela y Oscar Platini son los que debían haber ido esta mañana a Buckingham Palace a conversar con la reina Isabel.

De nuevo hubo unos instantes de desconcierto en los dos hombres. Cabrales negó con la cabeza, murmurando:

—Claro que no. Hemos ido nosotros a hablar con la reina.

—Eso ya lo sabemos. Lo que nos preguntamos es dónde están Varela y Platini. ¿Se les ocurre algún sitio?

—Ni siquiera sabíamos que existían —gruñó Avenoz.

—Pues existen... o existían, y eran unos buenos e inteligentes amigos de Ricardo Hoffmann. Seguramente, en estos momentos están muertos. ¿Verdad, mi amor?

—Me apuesto ésta —mostró en alto Jason su mano derecha.

Los dos argentinos iban palideciendo más y más mientras miraban de uno a otra. Edwina, que los miraba a su vez entre

divertida e intrigada, terminó por sonreír amablemente.

—Tengo la impresión de que ustedes no son demasiado listos. ¿Quieren que les digamos cuál es su destino?

—¿Cuál? —alentó apenas Cabrales.

—En cuanto se pongan al alcance de la persona que les está dando instrucciones y órdenes les meteré en los cojones una bomba que los hará pedazos —dijo Jason Moore, secamente—. ¿Entienden esto?

—Usted está loco —jadeó Avenzoa.

Jason y Edwina cambiaron una mirada. Ella movió la cabeza, se arriesgó a beber otro sorbito de aperitivo, dejó la copa, y se puso en pie, diciendo:

—Vámonos, mi amor. Si hay algo que detesto es perder el tiempo de mi vida conversando con tontos.

—Esperen un momento —masculló Avenzoa—. ¡Maldita sea, esperen un momento, y explíquennos todo eso!

—¿Charlamos? —propuso Edwina—. ¿Charlamos de modo razonable y ofreciéndonos información mutuamente?

—Está bien, charlemos. ¡Siéntese!

Edwina Mayflower sonrió encantadoramente y se sentó.

CAPÍTULO VI

—**ESCUCHEN** bien esto, porque no me gusta repetir las cosas — dijo Jason Moore—. Ricardo Hoffmann nos dijo que quienes irían a ver a la reina se llamaban Oscar Platini y Enrique Varela, ambos amigos suyos de toda confianza. Resulta que esos dos hombres no aparecen por parte alguna, y aparecen ustedes, a quienes Hoffmann seguramente no conoce personalmente. ¿Es así?

—Sí, es así... No nos conoce. ¡Pero nosotros estamos trabajando en su comando, sólo que de otra manera!

—Ustedes están trabajando para la cuarta persona que, junto con Hoffmann, Varela y Platini forman el Comando Malvinista, el cual está actuando bajo la información de alguien que sólo puede ser británico o norteamericano, y que, evidentemente, para nosotros es un traidor, ya que vendió al Comando Malvinista la información que ha permitido toda esta operación de la isla Mustique. ¿Están comprendiendo?

—Sí, sí.

—Milagro —sonrió Edwina—. Jason les está diciendo que para que ustedes hayan sido enviados a Buckingham Palace algo tuvo que ocurrir con Oscar Platini y Enrique Varela. ¿Y saben lo que ocurrió?: que los mataron.

—Los mató la misma persona que les ha estado dando instrucciones y órdenes a ustedes —añadió Jason Moore.

—Eso no es posible —murmuró Cabrales.

—¿No? ¿Por qué? A ver si lo entiende: el Comando Malvinista estaba compuesto originariamente por cuatro personas: Ricardo Hoffmann, Enrique Varela y Oscar Platini son las que conocemos

nosotros. La cuarta persona es la que conoce usted. Esa cuarta persona es la que estableció el contacto con nuestro traidor vendedor de información. De modo que ya son cinco personas. El traidor, no le quepa duda, ya aparecerá, ya lo encontraremos. Concentrémonos en la cuarta persona, amiga de Hoffmann, seguramente otro argentino. ¿Quién es él?

Los dos argentinos miraban como hipnotizados a Jason Moore, que frunció el ceño y acto seguido hizo un gesto como de resignación.

—Deben decírselo —intervino otra vez Edwina—. Miren, es evidente que esa cuarta persona ha hecho sus propios planes, que consisten en eliminar a sus compañeros de comando Platini y Varela, y dejar solo a Hoffmann, en una situación realmente apurada, en la isla Mustique. Pero algo ha sacado él de todo esto, algo que les trajo a ustedes lord Hamerston y que ustedes enviaron con la paloma mensajera. ¿Qué es ello? ¿Un cheque?

Los dos hombres estaban más que pálidos, lívidos; parecían talmente cadáveres puestos de pie.

—Si es un cheque —retomó la palabra Jason—, ustedes están listos. Deben haberles dicho que permanezcan aquí hasta nueva orden, para tener inmovilizados a la CIA y al Intelligence Service vigilándolos. Mientras tanto, la cuarta persona está camino de Suiza o de cualquier otro país para cobrar el cheque. La reina de Inglaterra lo sabe, y lo sabe también lord Hamerston, pero nadie más. Y ninguno de ellos lo dirá, porque ustedes les han dicho que si lo hacen, si ponen trabas a quien vaya a cobrar el cheque, los hombres de Hoffmann matarán a la princesa Margarita y a todas las personas que hay en Las Aguas Felices, y que además harán una escabechina en toda la isla Mustique. ¿Cierto o falso?

—Cierto —jadeó Cabrales.

—¿De cuánto era el cheque que les envió la reina?

—De cien millones de dólares depositados en un banco suizo.

—No está mal —dijo Edwina—. Ahora, les diremos lo que va a hacer el cuarto hombre: irá a Suiza, cobrará tranquilamente su cheque, pues aunque la banca suiza llame a la reina de Inglaterra no habrá problema, ya que ésta dirá que paguen sin chistar y discretamente, y acto seguido ingresará los cien millones de dólares en otra cuenta suiza que ya tiene preparada o bien trasladará el

dinero de otro modo que también tiene preparado a cualquier otro país. ¿Lo entienden?

—¡Claro que lo entendemos! —chilló Avenoz—. ¡No somos idiotas!

—De acuerdo. ¿Quién es el cuarto hombre? Les recuerdo que él mató a Varela y a Platini, que está tramando matarlos a ustedes, y que está traicionando a todo el mundo y dejando en la estacada al Comando Malvinista. De modo que insisto: ¿quién es el cuarto hombre, y contra qué banco suizo era el cheque?

—No vamos a decírselo...

—Veo que no entienden, aunque digan que sí. Ese hombre no es un patriota argentino: sólo ha utilizado a unos cuantos valientes y a unos cuantos admirables chiflados para conseguir cien millones de dólares. Ya los tiene. Ahora sólo les resta ponerlos a salvo a su nombre y matarlos a ustedes para que no lo delaten. Y si ustedes no hablan ahora él los matará y ya nunca nadie podrá encontrarlo, pues estamos juro de que también tiene preparado el asesinato de Ricardo Hoffmann. ¿De verdad lo entienden?

—Sí. ¡Pero tal vez sean ustedes quienes están mintiendo! No tenemos por qué creerles a ustedes, a fin de cuentas son enemigos nuestros!

—Hagamos una apuesta —dijo Jason Moore—: si nosotros les convencemos de que el cuarto hombre los quiere matar, nos dicen quién es y a qué banco suizo iba dirigido el cheque. Si no los convencemos, nos pegan un tiro a cada uno en la cabeza.

—¿Y cómo esperan convencernos? —saltó Avenoz.

—Es muy fácil —dijo Edwina, poniéndose de nuevo en pie—: quédense aquí y ya verán cómo antes de las diez de la mañana estarán muertos. Bueno, no sé si ustedes lo verán, pero nosotros sí lo veremos. Caballeros, buenas noches. Vámonos, mi amor.

—Adiós, cadáveres —dijo Jason Moore, caminando en pos de Edwina.

* * *

Todavía no había amanecido cuando, de repente, comenzó a oírse un leve silbido que pronto se tornó en fuerte y agudo. Casi enseguida, como persiguiendo al primer silbido se oyó otro, y enseguida también un tercero... El frío aire matinal en el condado de Essex vibró con el triple silbido, que se fue acercando al chalé

describiendo una clásica curva de sonido...

Las tres granadas, una tras otra, cayeron sobre el chalé, con una precisión digna del mejor tirador de mortero del mundo. La primera reventó el tejado como si fuese de papel. La segunda granada machacó el interior de la casa. La tercera convirtió en polvo cualquier cosa que hubiera habido dentro del pequeño edificio con rosales y césped en el jardín. Una tras otra, las explosiones y las llamaradas se sucedieron, subrayando la destrucción. Trozos de pared, de cristales, de maderas, saltaron hacia todos lados envueltos en fuego y polvo caliente. Una nube negra y revuelta de humo pareció impulsada por un fortísimo viento hacia el cielo, dispersándose de modo brusco y desordenado.

Luego, regresó el silencio cuando terminaron de caer los cascotes, y el polvo comenzó a caer y el humo a elevarse suavemente.

Todo esto lo estaban contemplando Avenzoa y Cabrales desde dentro del coche en el que hacía horas estaban esperando las predicciones de Jason y Edwina.

Los cuales, en aquellos momentos, parecían volar en el automóvil que conducía Jason, en dirección al lugar de donde les parecía que habían disparado el mortero. Edwina, radio en mano, estaba en comunicación con agentes de la CIA y del Intelligence Service, los cuales habían aceptado las explicaciones de ellos y habían tendido un discreto pero férreo círculo a cierta distancia del chalé.

Se oía la voz de uno de los británicos explicando excitado:

—¡Es una camioneta pequeña, dentro de la cual van dos hombres, al parecer! ¡Se dirigen hacia el punto radial treinta y ocho!

Jason Moore soltó un gruñido al recordar que, conforme a los puntos radiales convenidos en el círculo de vigilancia, el punto 38 debía estar en aquel momento un poco a su izquierda..., es decir, al otro lado del bosque. No se lo pensó dos veces: metió el coche en el bosquecillo y continuó conduciendo admirablemente mientras Edwina seguía atendiendo la radio:

—¡Procuren no matar a nadie de la camioneta! —pedía—. Y tengan cuidado, pues si ustedes ven dos hombres en los asientos quizá haya dos más dentro, los que han disparado el mortero... ¡Y

cuidado con ese mortero!

—¡Se han dado cuenta de que los perseguimos, y se han metido en el bosque!

—¿En qué bosque? —respingó Edwina.

—¿En cuál va a ser? ¡En el que nos separa de ustedes!

Por un instante pareció que Edwina Mayflower no hubiera entendido que, simplemente, la camioneta cargada con el mortero y ellos estaban acudiendo al mutuo encuentro. Pero sí lo comprendió, y miró a Jason, que mantenía la mirada al frente, escrutando la zona que iluminaban las luces largas del coche.

—Ya sé —dijo Jason, sin mirarla—: detengo el coche. Eso es. Y apaga las luces, ya sabes hasta cuándo.

Jason detuvo el coche y apagó las luces, quedando sentado ante el volante. Edwina saltó del vehículo empuñando su pistola silenciosa, y se alejó quince o veinte metros del automóvil.

Ni siquiera quince segundos más tarde comenzó a oír el rumor del motor, aparecieron las luces, la camioneta dejó oír sus crujidos y golpes contra los pinos, chirrió la carrocería... De repente, Jason encendió de nuevo las luces del coche, iluminando de lleno la camioneta, y enseguida se apeó de un salto y se zambulló en la oscuridad junto al coche, mientras Edwina gritaba:

—¡Deténganse o vamos a disparar!

La camioneta se detuvo en seco, con fuerte chirriar de frenos. Sus luces se cruzaban con las del coche de Jason y Edwina. Pareció que todo fuese a quedar así, que los de la camioneta optaban por entregarse, pero de repente la camioneta comenzó a maniobrar, dando la vuelta, como dispuesta a emprender el regreso por la misma ruta por la que había llegado.

Las luces del coche iluminaron perfectamente la escena: las dos puertas de atrás de la camioneta se abrieron, la camioneta se detuvo, y el mortero disparó una granada que alcanzó de lleno al coche, reventándolo espectacularmente, lanzando cristales, chapa retorcida y ruedas a todos lados.

Todavía duraba el resplandor de la explosión de la grana da cuando estalló el depósito de gasolina del coche, cuyos restos se convirtieron en una llamarada altísima pero que decreció rápidamente, aunque impartiendo un rojo resplandor en muchos metros a la redonda, creando sombras fantasma les con los troncos

de los pinos y los arbustos...

La escena parecía recién empezada cuando ya uno de los dos hombres que iban en la parte de atrás de la camioneta a cargo del mortero se inclinó para asir la portezuela derecha y cerrarla. En ese mismo instante, apareció Edwina ante él de un salto, pistola en mano, y apuntándole a la cabeza

—¡No se mueva! —exclamó la negra—. ¡Quietos los dos!

El resplandor de la gasolina ardiendo llegaba por detrás de Edwina, recortando su silueta. Los dos hombres sólo vieron una mujer. No vieron los ojos de Edwina, ni su expresión, ni repararon en su firmeza, en su pulso firmísimo... Vieron simplemente una mujer, y pensaron, al unísono, que no sería ella quien pudiera detenerlos, así que ambos llevaron la mano derecha a la funda donde portaban la pistola...

El primero en morir fue el que se había inclinado para asir una de las puertas. Edwina le disparó desde menos de tres metros, y le acertó de lleno en la frente, cuando el hombre estaba sacando ya la pistola de la funda. La frente crujió, el hombre emitió un brevísimo grito, y saltó hacia el fondo de la camioneta..., mientras el otro recibía un balazo en el ojo izquierdo que le reventó el ojo, el cerebro, y la parte posterior del cráneo, tirándolo también al fondo de la camioneta; si algo pudo pensar este segundo hombre antes de morir debió ser que quien le había matado era la mujer negra, cuando no era así pues había sido Jason Moore, apareciendo por la derecha y por detrás de Edwina, quien había disparado.

E inmediatamente Jason corrió hacia la parte derecha delantera de la camioneta, mientras Edwina corría hacia la izquierda. Por cada portezuela saltaba en aquel momento un hombre empuñando la correspondiente pistola.

Las voces de Edwina y Jason prácticamente sonaron al mismo tiempo, una cada lado de la camioneta:

—¡Quédese quieto!

El hombre que distinguió la atlética figura masculina situada frente a él titubeó. Su compañero, al otro lado, cometió el mismo clásico error machista que los del mortero al ver una mujer: quiso quitarla de en medio, y su actitud no pudo ser más demostrativa al respecto, de modo que la encantadora señorita Mayflower le metió en menos que se mueven los párpados una bala en pleno corazón. El

hombre profirió un grito de angustia, giró, se dio de cara contra la portezuela abierta de la camioneta, y cayó de espaldas, quedando inmóvil, con los ojos desorbitadamente abiertos.

Al otro lado de la camioneta, el cuarto y último ocupante de ésta comprendió que las cosas ya no tenían solución para él: o moría o se entregaba. Fue listo, o cuando menos, lógico: dejó caer la pistola y alzó las manos por encima de su cabeza. No sólo había intuido que el atleta negro que tenía ante él se bastaba y se sobraba para matarlo, sino que al otro de la camioneta había alguien apoyándole tan eficaz como él. Y además de esto, se oía ya la llegada de varios automóviles, se veían luces, se oían voces de hombres que, en cuestión de segundos, comenzaron a aparecer a pie entre los pinos..., algunos de los cuales, los más próximos al automóvil incendiado, comenzaban a ser alcanzados por las llamas.

Edwina apareció junto al sujeto, se acercó a él y le cacheó rápidamente. No llevaba más armas.

Cuando los agentes británicos y americanos llegaron junto a ellos, Edwina señaló al sujeto y dijo:

—Atenle las manos a la espalda y vigílenlo bien hasta que salgamos de aquí. Que alguien avise cuanto antes a los bomberos, o a quien sea. Que se encargue de eso un muchacho de la reina. Y larguémonos todos cuanto antes de aquí.

—Yo puedo conducir la camioneta —se ofreció un americano.

—Okay. Meta dentro al hombre que hay muerto al otro lado.

Visto y no visto. Los espías llegan, los espías se van... En menos de un minuto el único rastro de su paso por aquel lugar fue un coche incendiado..., y un chalé destruido a bombazos, cuyos estampidos habían llegado a la localidad de Maldon, provocando la alarma y la consiguiente reacción, es decir, la movilización de policía y bomberos...

No por casualidad, Jason y Edwina habían abordado para alejarse de allí el coche dentro del cual estaban Avenzoza y Cabrales, ambos en el asiento de atrás, tan pálidos que parecían muertos. Sentada junto a ellos, Edwina los miraba casi con compasión; sentado junto al agente americano que conducía el automóvil, Jason se había vuelto para mirar a los dos argentinos, pareció a punto de decir algo, y se limitó a mover la cabeza.

Finalmente, fue Edwina la que habló:

—Y supongo que no se les va a ocurrir decir que todo esto ha sido un montaje nuestro para convencerlos. Han muerto tres hombres, y pueden verlos cuando quieran. ¿Les queda alguna duda?

Julio Avenoz ni siquiera se movió. Cabrales se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—El cheque era contra la Banque Nationale Suisse, en el número ocho de rue Diday, en Ginebra. El hombre que nos ha estado dirigiendo se llama Iñigo Sebastián.

—Maldito traidor... —jadeó de pronto Avenoz, a punto de echarse a llorar—. ¡Nos ha estado utilizando en nombre de Argentina y sólo quería dinero para él! ¡Hijo de puta!

Jason miró su reloj de pulsera, y murmuró:

—Quizá lleguemos a tiempo de impedir que cobre ese cheque. Apenas son las ocho de la mañana, y los bancos abren a las nueve... Tenemos tiempo de llamar al personal de la CIA en Ginebra. ¿O prefieres que vayamos nosotros allá? —preguntó mirando a Edwina.

—De momento, no. Veamos qué nos dicen los muchachos de Ginebra.

* * *

El informe de los muchachos de Ginebra llegó pocos minutos después de las diez de la mañana a la vieja casa de la playa de Clacton-on-Sea que había proporcionado el servicio secreto británico, y en la cual se hallaban instalados como eventuales prisioneros Julio Avenoz, Rufino Cabrales y el único superviviente de la camioneta con mortero, que resultó llamarse Hugo Roth, súbdito alemán, mercenario y asesino profesional que dijo haber sido contratado por alguien que no se dio a conocer, que llevaba lentes oscuros y barba, y que, simplemente, les habla pagado tan bien el trabajo que era lo único que les había importado. ¿Una paloma mensajera? Ni idea. A ellos les habían encargado hacer añicos aquel chalé, y punto.

Sólo con esto, Jason y Edwina ya se convencieron definitivamente de que el cuarto hombre, se llamara o no se llamara realmente Iñigo Sebastián, era un sujeto listo. Listísimo. Y que lo había preparado y previsto todo a la perfección o poco menos.

Porque resultó que, si bien la banca suiza que debía hacer el pago abría sus puertas al público a las nueve de la mañana, su director había pagado ya el cheque a las ocho menos cuarto,

complaciendo así cierta llamada procedente de Londres que el buen hombre no pudo desatender. ¿Qué averiguó la CIA al respecto? Poca cosa: la tarde anterior, había recibido una llamada de Buckingham Palace en la que se mencionaba determinado cheque y se le rogaba a quienquiera que lo presentara y en el momento en que lo presentara; el momento fue las siete y pocos minutos de la mañana, cuando el director de la banca recibió una llamada en su domicilio y una voz de hombre, en mal francés, le dijo que tenía determinado cheque para cobrar. El director de la banca se vistió, se fue a la rue Diday, donde le esperaba un sujeto muy bien vestido, sin barba, pero sí con gafas de cristales oscuros, le hizo pasar a su despacho, pagó el cheque, y el hombre se fue con el dinero en efectivo dentro de dos maletas.

Eso era todo.

—Es decir —murmuró Edwina al escuchar la información—, que en efecto nuestro amigo Iñigo Sebastián lo tenía todo preparado.

—Tal vez —dijo un agente de la CIA—, pero cien millones de dólares no se manejan así como así.

—Lo debe tener previsto todo. Ese dinero quizá está depositado en alguna caja fuerte de otro banco, o en cualquier casa particular, o un cómplice lo ha sacado de Suiza por cualquier medio... No les quepa duda de que el señor Sebastián ha puesto a salvo el dinero y lo tiene a su disposición, sea cual sea el fruto al que haya recurrido. Bien..., ¿qué sabemos de los aeropuertos o fronteras?

—Eso será más laborioso, pero estamos en ello. Y no sólo nosotros y nuestros primos, sino que hemos pedido ayuda a los franceses, italianos, alemanes y suizos: en cuanto aparezca alguien llamado Iñigo Sebastián en alguna parte le echarán la zarpa encima.

—¿A que no? —dijo Jason Moore.

—¿Qué quiere decir?

—Que si el señor Sebastián ha sido lo bastante listo para poner a salvo el dinero aún será más listo para ponerse a salvo a sí mismo.

—Me temo que tienes razón, mi amor... —suspiró Edwina—. Sí, queridos, el señor Sebastián debe estar ya incluso fuera de Europa, o a punto de abandonar el continente, y pueden tener la certeza de que hagamos nosotros lo que hagamos ya no podremos encontrarlos.

—Eso no puede ser —masculló un agente británico.

—¿No? —se sorprendió Edwina—. ¿Por qué?

—Ningún tipejo así puede burlarse del servicio secreto de Su Majestad.

Edwina y Jason se quedaron mirando estupefactos al agente secreto británico. Luego se miraron el uno al otro, y, de repente, ambos se echaron a reír incontinentemente.

Pero ni siquiera valía la pena discutir con su colega, porque un británico es siempre un británico.

CAPÍTULO VII

RICARDO HOFFMANN estaba estupefacto, y por cierto que también él tenía sus buenos motivos.

—¿Me estás tomando el pelo? —gruñó.

—No —negó el comando de turno en la radio—. De verdad que han llamado, Ricardo. Están en una lancha a media milla de la costa, y dicen que tienes su palabra de que van a jugar limpio. Es sólo una entrevista.

—Diles a estos dos malditos negros que se vayan a tomar por... Ya sabes —dijo el lugarteniente Riquelme, que se hallaba presente.

—Se lo diré —asintió el comando—. ¿Alguna cosa más?

—¿Estás seguro de que no te han dicho qué es lo que quieren conversar conmigo? —murmuró Hoffmann.

—Sólo me han dicho que te interesa más que cualquier otra cosa, ya te lo he dicho.

Alberto Riquelme intervino de nuevo:

—También la otra vez dijeron que venían con una oferta favorable a Argentina que no podríamos desatender, y resultó que...

—Ellos dicen que en todo momento han estado trabajando en favor de Argentina.

—¡La madre que los parió! —estalló Riquelme—. ¿Cómo se atreven a decir semejante cosa? ¡Son dos malditos agentes ¡de la CIA que llegaron aquí mintiendo como cerdos...!

—¿Cómo justifican eso de que están trabajando para Argentina? —preguntó Hoffmann, interrumpiendo a Riquelme—. ¿Te lo han dicho?

—Dicen que te lo dirán a ti.

Ricardo titubeó, y Riquelme, que se dio cuenta de ello, exclamó:

—¡No estarás pensando en acudir a esa cita! ¡Lo que esos dos negros pretenden ahora...!

—Cállate un momento, ¿quieres? —pidió Hoffmann—. Déjame pensar.

Y se puso a pensar. Se puso a pensar de nuevo en lo que le tenía obsesionado desde que los dos negros escaparon de la isla. Se puso a pensar en que si la bellísima Edwina hubiera querido matarlo aquella noche lo habría podido hacer muy fácilmente: en lugar de darle un golpe controlado en los testículos podía habérselo aplicado de tal manera que él estaría muerto ahora. O podía haberlo matado con cualquier otro golpe de karate, que sin duda Edwina Mayflower dominaba a la perfección. Es decir, que si él estaba vivo era porque la insuperable pareja de espías americanos quería. Por más vueltas que le daba a esto llegaba siempre a la misma conclusión: si hubieran querido matarlo él ya estaría muerto.

De modo que, finalmente, murmuró:

—Preparad una lancha: iré a charlar con ellos.

—Estás loco —aseguró Riquelme—: te matarán, eso es todo.

Ricardo miró con expresión fatigada a su compañero.

—Berto: ¿qué harías tú si esos dos me matasen? —preguntó.

—Desde luego replicaría al asesinato eliminando a alguien de la casa.

—¿Crees que ellos no saben eso? ¿Crees que van a poner en peligro la vida de la princesa Margarita y de las demás personas de la casa y de la isla sólo por cargarse a un tipo como yo?

Riquelme vaciló. Por fin gruñó:

—Te mintieron la otra vez, ¿no es cierto?

—Hombre, no iban a presentarse aquí diciendo que eran agentes de la CIA. Pero fíjate en el riesgo que corrieron. Un riesgo que estaría justificado si hubieran intentado matarnos a ti y a mí y dejar a los muchachos sin mando, pero no intentaron nada de eso. Y a mí pudieron matarme. ¿Estás de acuerdo?

—Bueno, no sé...

—Iré a conversar con ellos —zanjó Hoffmann.

Diez minutos más tarde zarpaba desde el embarcadero de Las Aguas Felices en una pequeña lancha, acompañado de dos hombres, uno de ellos a los mandos. No había luna, de modo que se veían los

millones de estrellas con una nitidez hermosísima. El mar estaba ligeramente picado, pero Hoffmann ni siquiera pensaba en ello; ni se daba cuenta de tal circunstancia. Estaba demasiado absorto en sus pensamientos, uno de los cuales era el siguiente: ¿por qué todavía no había tenido noticias por medio de la radio respecto a los acuerdos establecidos entre Enrique Varela y Oscar Platini y la reina británica? ¿Por qué ni la televisión ni la radio decían nada al respecto? ¿Qué estaba ocurriendo mientras él se hallaba en aquella diminuta isla desconectado de todo?

La luz de una lancha, una larga pincelada amarillenta barrió las aguas por delante de Hoffmann, conforme a lo convenido, dejándose ver de repente. El comando gobernó la lancha hacia la otra, y, un par de minutos más tarde, Hoffmann era recibido a bordo por un hombre que lo condujo hacia la entrada a las cabinas de la lancha receptora, grande y evidentemente confortable.

En la salita de la lancha estaban Jason y Edwina, sentados muy plazeramente en el diván corrido bajo el ventanal de la lancha, ambos vestidos de oscuro. Frente a sus rodillas tenían una mesita, en la cual había un cubo dentro del cual, con hielo picado, había una botella de champán francés. Hoffmann frunció el ceño, pero cuando miró a Edwina Mayflower y vio la sonrisa de la encantadora negra, toda su mala uva pareció disiparse repentinamente, y terminó por sonreír también cuando ella preguntó:

—¿Una copa, Ricardo?

—Qué demonios... —farfulló el argentino—, ¿por qué no?

Diez minutos más tarde entre los tres se habían terminado la botella de champán, Jason y Edwina le habían explicado todo cuanto había sucedido que estuviera en su conocimiento, y Ricardo Hoffmann fumaba pensativamente su aromático cigarro habano.

Tanto y tanto se prolongaban sus reflexiones que por fin Edwina preguntó:

—¿No tiene nada que decir?

—Sí —la miró sosegadamente Hoffmann—: no conozco a nadie llamado Iñigo Sebastián.

—¡Oh, vamos...! —se impacientó Edwina—. ¡Usted tiene que saber perfectamente que un nombre no significa nada, Ricardo! Ese hombre, se llame como se llame en realidad, es el cuarto del grupo de ustedes, el que recibió la información del traidor británico o

norteamericano.

—Se llame Sebastián o de cualquier otro modo, usted sabe quién es —dijo fríamente Jason Moore—. Y si está esperando que él comparta con usted los cien millones de dólares conseguidos con la «colaboración» de la reina Isabel, olvídelo. No le dará ni un centavo. Y olvide también que ese hombre esté laborando por nada relacionado con las Malvinas: ha conseguido lo que quería utilizando los servicios de patriotas como usted y los demás, incluidos Avenozza y Cabrales, y ahora los deja que se las compongan como puedan y está ya instalado en algún lugar donde se propone vivir como un rey el resto de su vida..., con documentación que también tenía preparada, posiblemente sobornando a alguien del país elegido. Usted no es tonto, y tiene que comprender todo esto: la operación ha terminado, y aquí nadie ha ganado nada salvo Iñigo Sebastián, o quienquiera que sea y se llame como se llame.

—En cuanto a usted —remachó Edwina—, si se obstina en no decirnos quién es realmente ese hombre simplemente le está haciendo el juego a él y al traidor británico o norteamericano. A éste, porque sólo Sebastián sabe quién es, y si no lo capturamos jamás le capturaremos tampoco a él. Y a Sebastián porque él debe tener ya preparada la muerte de usted, a fin de silenciarlo para siempre... Y cuanto más tiempo pasa más se va aproximando usted a la muerte y más se van aproximando el traidor y Sebastián a la impunidad. Posiblemente se repartan el dinero, si es que era eso lo que el traidor quería, aunque yo creo que no.

—¿Por qué cree que no?

—Porque el traidor sabía que al día siguiente del que eligieron ustedes para efectuar el asalto iban a estar aquí, es decir, en Las Aguas Felices, nada menos que el presidente de Estados Unidos y la reina de Inglaterra. El sabrá por qué no les indicó que atacasen precisamente ese día, por qué prefirió el anterior.

—En cualquier caso —continuó Jason— dé por terminada la operación, Hoffman: no se redactará ningún documento en la ONU.

—Yo estoy vivo, y puedo...

—De momento —cortó Edwina—. Si no se alía con nosotros no vivirá mucho. Incluso es posible que lo asesine cualquiera de sus hombres que ya lo tuviese convenido así con su amigo Sebastián...

o como se llame. Mire, Ricardo, ese Sebastián es un embustero, un criminal implacable, y no tiene ni así de patriota, ¿quiere entenderlo de una vez?

—Es decir, que según ustedes lo mejor que yo puedo hacer es decirles quién es realmente Iñigo Sebastián y acto seguido marcharme de la isla.

—Por supuesto.

—¿Me dejarían marchar? —sonrió torcidamente Hoffmann.

—Podemos arreglarlo —aseguró Edwina.

Ricardo Hoffmann estuvo dudando todavía un par de minutos. Por fin, murmuró:

—Voy a esperar veinticuatro horas. Si en ese tiempo él no se ha comunicado conmigo conforme a lo convenido, escucharé de nuevo sus proposiciones. ¿Están de acuerdo?

—Por completo —aceptó Edwina en el acto—. Pero, Ricardo, en esas veinticuatro horas cuídese mucho.

—¡Maldita sea, no me amargue más la vida! —explotó el argentino.

—No se ponga nervioso —recomendó Jason—. Sobre todo, tranquilo. Va a necesitar mucho temple, Hoffmann.

—Está bien. Me voy ahora. Dentro de veinticuatro horas volveremos a vernos en...

—¿Le importa que le acompañemos? —sonrió Edwina—. Nos gustaría saludar a la gente simpática que tiene usted como rehenes. ¿Qué tal está la pequeña Nika Traviros?

—Todos están bien... ¿Ustedes están hablando en serio, quieren venirse conmigo a esa mansión de los demonios?

—Hombre, no exagere —se sorprendió Jason—: ¡Tampoco está tan mal, después de todo!

—La nuestra es mejor —dijo Edwina.

—¿Su qué? —preguntó Hoffmann.

—Nuestra mansión. ¿Verdad que es mejor, mi amor?

—Bajo todos los puntos de vista —aseguró Jason Moore.

—Caramba... —se pasmó Hoffmann—. ¿Significa eso que tienen ustedes mucho dinero?

—¡Uf! —sacudió Edwina una mano graciosamente—. ¡Miles y millones de dólares, joyas, lingotes de oro, minas enteras de diamantes, yacimientos de uranio..., de todo! ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —dijo Jason.

—Me están tomando el pelo —gruñó Hoffmann—. Pero está bien, no tiene nada de malo tomarse las cosas por el lado divertido. Y hablando de eso: me gustará ver la cara de mi lugarteniente cuando los vea desembarcar conmigo en la isla...

Media hora más tarde Ricardo Hoffmann vio satisfecho tan sencillo capricho: Alberto Riquelme, simplemente, estaba tan pasmado que cuando vino a reaccionar ya Edwina y Jason habían saltado al embarcadero y lo contemplaban socarronamente a la luz de las linternas que les apuntaban. La reacción final de Riquelme fue exclamar:

—¡La madre que los parió...! ¡Han vuelto!

—Y no sabe usted el trabajo que nos ha costado —bostezó Edwina—, Estamos tan cansados de tanto viaje que nos dormiríamos en cualquier sitio. ¿Qué puede usted ofrecernos, Berto?

—¿Yo? ¡Una cama de faquir llena de clavos...!

—¡Qué muchacho tan amable! —rio Edwina—, ¡Justamente ha adivinado lo que los dos estábamos deseando! ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —apretó una sonrisa Jason.

—En la casa no hay sitio, ya lo saben —se acercó diciendo Ricardo Hoffmann—, pero pueden quedarse en cualquiera de las lanchas.

—Esa es una buena idea —dijo Jason—, Pero solos, y sin interrupciones esta vez. Ustedes nos interrumpieron la otra noche haciendo algo que desearíamos terminar. ¿Verdad, mi amor?

—¡Verdad! —se echó a reír Edwina Mayflower, mientras los ojos de Jason Moore chispeaban irónicamente.

Poco después, dueños y señores de una de las lanchas amarradas al embarcadero, Jason y Edwina procedían a desnudarse. El terminó primero, y se quedó mirando el espléndido cuerpo que parecía de seda negra a medida que iba quedando al descubierto. Finalmente, Edwina, ya completamente desnuda, se sentó en las rodillas de él, y le besó suavemente en los labios.

—¿Quién se encarga mañana del trabajo? —preguntó.

—Yo lo haré.

—Podría hacerlo yo. Es muy sencillo.

—Tú estarás demasiado cansada.

—¡Claro que no! Tan sólo con que duerma seis horas estaré magníficamente, y lo sabes muy bien.

—Pero estarás cansada.

—¿De qué?

—De hacer el amor. Porque no estaba bromeando cuando dije lo que dije en el embarcadero.

—¡Así lo supuse! —se sorprendió ella—. ¡Estaría bueno que me hubieras puesto la miel en la boca y ahora te pusieras a dormir!

—De modo que no tienes inconveniente.

—¿Cuándo he tenido yo inconveniente en hacer el amor contigo?

—Pues no recuerdo.

—Sabes muy bien que nunca —comenzó a enfadarse Edwina.

—Pues hagámoslo ahora.

—Pues hagámoslo... ¡Y ya veremos quién está cansado por la mañana!

—Pues ya lo veremos.

Jason abrazó a Edwina por la fina cintura, la apretó fuertemente contra él, y la besó en la boca. Sin dejar de besarse, ambos se tendieron en la litera... Edwina vibró cuando él, siempre besándola y tras varias caricias, se aposentó entre sus palpitantes muslos y la penetró. Hubo un espacio de tiempo de silencio y de fuego mientras el placer se iba gestando entre ambos cuerpos. Finalmente, llegó el estallido, que pareció arrollarlos a los dos. El mar seguía levemente picado, y la lancha amarrada al embarcadero se movía suave pero ostensiblemente. Era una delicia.

Edwina, tras un profundísimo suspiro se relajó y susurró:

—Me parece que los dos estaremos muy cansados por la mañana, mi amor...

* * *

El primer pasmo del día se lo llevó Alberto Riquelme muy temprano por la mañana, cuando, despertando debido al codazo del comando de vigilancia, vio a los dos negros en la cubierta de la lancha, ambos con una sola y pequeña pieza por toda indumentaria. El sol ya dorado pareció encenderse en el terso vientre y en los hermosísimos pechos de Edwina Mayflower.

—La madre que los parió —farfulló Riquelme, sentándose y echando la manta a un lado sobre la arena—, ¿Qué están haciendo?

—¿Y yo qué coño sé? —gruñó el comando.

Lo supieron los dos enseguida. Y lo supieron los demás comandos que custodiaban el embarcadero y las demás lanchas: simplemente, Jason y Edwina se lanzaron al agua, y estuvieron nadando de un lado a otro, y buceando y riendo no menos de quince minutos. Transcurrido este tiempo, ambos escalaron la lancha y desaparecieron en su interior.

Reaparecieron casi dos horas más tarde, vestidos, con expresión satisfechísima, él recién afeitado, ella con el largo cabello negrísimo recogido en lo alto de la cabeza, dejando al descubierto la nuca más esbelta y sugestiva que Riquelme había visto en su vida.

—Tiene cuello de reina —susurró—. ¿Adónde deben ir ahora?

También su curiosidad quedó prontamente satisfecha: Jason y Edwina iban hacia la casa.

Y naturalmente, Alberto Riquelme, que no terminaba de fiarse de los dos negros, se fue tras ellos, apoyado por dos comandos, mientras el resto de éstos, la totalidad del Comando Malvinista, sin afeitar, aburridos y al mismo tiempo tensos por la espera, comenzaban a considerar que ésta se prolongaba demasiado.

En la sala de la mansión encontraron a Hoffmann, dos comandos armados, el financiero canadiense, y la cantante Nika Traviros, que al verlos dejó de conversar con su ídolo, el comando Hoffmann, y corrió hacia Edwina, que la recibió riendo.

Una hora más tarde, la casi totalidad de los rehenes se hallaba o había pasado por la sala, ya todos desayunados. Había un insólito ambiente en la mansión, parecía como si se tratase de un grupo de amigos que están esperando que escampe para salir de casa a dar un paseo. Ahora se hablaban unos a otros con naturalidad, e incluso había quien le gastaba bromas a los dos amantes homosexuales. El escocés Me Neil parecía que había obtenido un gran éxito con su broma de que era una lástima que él no tuviera allí una gaita para amenizar las veladas. Las señoras Lambert, Masterson y Tritton habían optado por prescindir de la presencia de los comandos en el jardín, y se dedicaban a charlar en éste, y nadar en la piscina y a tomar el sol, que a fin de cuentas era lo que las había impulsado a ir a Mustique abandonando lugares menos cálidos y resplandecientes.

La única persona que no aparecía por allí era la princesa Margarita, pero nadie parecía echarla de menos.

Edwina también optó por la zona de la piscina. Se entendía maravillosamente con Nika, y era blanco de las miradas de las mujeres, que se preguntaban con recóndita irritación cómo era posible que una negra pudiera ser tan arrolladoramente hermosa, encantadora y simpática...

Finalmente, Jason consiguió lo que había estado buscando: apartó al británico Adam Embury, y los convenció para sostener a solas una conversación. El británico no parecía muy dispuesto a ello al principio, pero terminó aceptando, y llevó a Jason a la habitación donde había sido instalado a su llegada y que había tenido que compartir con varias personas, cada vez más. No se podía decir que Las Aguas Felices conservase su estilo: más bien parecía un campamento.

De cualquier modo, a aquella hora avanzada de la mañana encontraron la habitación vacía, y tras entrar ambos Jason cerró la puerta cuidadosamente y se quedó mirando con fijeza a Embury, en cuyos ojos apareció una expresión de desconfianza, tal vez de inquietud.

—Está bien... —murmuró el británico—, ¿qué es lo que desea?

—Señor Embury, la otra noche Hoffmann estuvo a punto de fusilarnos porque se enteró de que Edwina y yo somos agentes de la CIA.

—Sí..., ya nos enteramos todos luego, claro. Tuvieron ustedes suerte de poder escapar. Me pregunto cómo lo consiguieron, y sobre todo me pregunto por qué han vuelto, pues una cosa es tener valor y otra cosa...

—Le diré por qué hemos vuelto: queremos encontrar a la persona que informó a Hoffmann de que Edwina y yo somos de la CIA. Podíamos haber resuelto nuestras negociaciones con Hoffmann sin volver a meternos en esta ratonera, pero queríamos venir para encontrar a esa persona.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —murmuró Embury, muy pálido.

—Solamente usted lo sabía, señor Embury.

—¿Cree que yo informé a Hoffmann de que ustedes son de la CIA?

—Creemos que la información partió de usted. Edwina se lo dijo a usted. Ahora, por favor, dígame a quién se lo dijo usted.

—No pienso hacer semejante cosa. Conozco muy bien a la CIA, y sé que sus represalias son terribles.

—Me parece que usted no me ha entendido —frunció el ceño Jason—: quiero saber quién nos delató porque esa misma persona, casi seguro, es la que ha fraguado todo esto en combinación con el Comando Malvinista. Mejor dicho: en combinación con un hombre que está utilizando el nombre de Iñigo Sebastián, el cual, a su vez, ha utilizado el Comando como si fuesen niños de teta, burlándose de ellos.

—¿De qué está usted hablando? —exclamó Embury.

—El tal Iñigo Sebastián, que por cierto no se llama realmente así, ha dejado el Comando Malvinista a su suerte, y para él la operación ha terminado al conseguir, con la forzada colaboración de la reina Isabel, cien millones de dólares. Lo demás, todo eso del documento de la ONU devolviendo las Malvinas a Argentina, le tiene sin cuidado. ¿Sabe qué va a ocurrir ahora? Va a ocurrir que convenceremos a Hoffmann para que nos diga quién es realmente ese Iñigo Sebastián, lo cazaremos, y él nos dirá quién le informó de que en esta mansión iba a haber una importante reunión. Pero tal vez podamos ganar tiempo y evitar complicaciones si, mientras esperamos la oportunidad de cazar a Sebastián, usted nos dice con quién habló respecto a que Edwina y yo somos de la CIA. ¿Con quién habló de ello, señor Embury?

Este, que estaba lívido, se dejó caer en una butaquita, cerró los ojos, y aspiró profundamente. Luego quedó inmóvil. Jason le contemplaba sin inmutarse, sin prisas. Sus negros ojos contemplaban al británico como si éste fuese un raro objeto digno de la mayor atención del experto.

De repente, Embury abrió los ojos, y susurró:

—¿De modo que no va a ocurrir nada, y todo ha terminado con la obtención de cien millones de dólares por parte de Sebastián?

—Exactamente. Por lo demás, no hay que preocuparse.

—Bien... Bien, bien, bien.

—Señor Embury, por favor: ¿a quién se lo dijo usted?

Adam Embury asintió, como dispuesto a complacer los requerimientos de Jason. Se puso en pie, y se encaminó hacia el armario. Parecía terriblemente cansado, arrastraba los pies como si apenas pudiera con ellos. Abrió el armario, y luego uno de los

cajoncitos de la derecha. Jason Moore apretó los labios y entornó los párpados.

No se sorprendió en absoluto cuando Embury se volvió empuñando un pequeño revólver con el que le apuntó.

—De modo que fue usted —susurró—. Está bien, ¿qué cree que va a conseguir matándome a mí? Aparte de que hay en la isla tantos hombres que usted jamás conseguiría escapar, está Edwina, que le hará pedazos, pero no antes de obligarle a explicarlo todo. Y digo todo porque sé que si usted ha hecho eso no ha sido ni por dinero ni para ayudar a los arg... ¡Eh! ¡No!

De nada sirvieron las exclamaciones de Jason Moore. Adam Embury había alzado la mano armada, y todo lo que tuvo que hacer fue colocar la boca del cañón en su sien derecha y apretar el gatillo del revólver. Con una claridad escalofriante Jason vio reventar la parte derecha de la cabeza del británico, y las salpicaduras rojoamarillentas que se esparcieron a su alrededor manchándolo todo mientras el suicida caía hacia atrás, rebotaba en el armario, y caía de bruces hacia el centro de la habitación, lanzando más salpicaduras rojas, amarillas, grises... Su cabeza rebotó blandamente en el suelo, y otro borbotón de masa encefálica apareció, deslizándose...

Edwina y Hoffmann entraron en la habitación casi peleándose por ser el primero en hacerlo, y llevando detrás varios hombres del comando que apercebían sus armas, convencidos de que si había sonado un disparo podían sonar mil más y había que estar prevenidos contra cualquier contingencia...

Alberto Riquelme también entró en la habitación, contempló el sangriento espectáculo, y acto seguido miró a Jason y después a Hoffmann. Este no le hizo caso, pues miraba atentamente a Jason, que señaló el revólver en la mano de Adam Embury.

—Creo que está bien claro lo ocurrido —dijo fríamente.

—¿Está claro? —murmuró Hoffmann—, Pues yo no lo creo así.

—¿Acaso no fue él quien le dijo que Edwina y yo somos de la CIA?

—¿Y lo ha matado por eso? Creí que ni siquiera les interesaba, ya que no me lo preguntaron...

—¿Nos lo habría dicho? —intervino Edwina.

—No... —admitió de mala gana Ricardo Hoffmann; volvió a

mirar el cadáver—. Bueno, ahora sí que las cosas se han complicado. Habíamos tenido la suerte de no vernos obligados a matar a nadie.

—Todavía no han matado ustedes a nadie —dijo Jason—: el señor Embury se ha suicidado, y yo creo que tenemos en la casa suficientes testigos para que así lo digan a todo el mundo cuando sean liberados. Por otra parte, Edwina y yo informaremos de la verdad al Intelligence Service, para que éste haga los arreglos necesarios a fin de echar tierra al asunto.

—Y ya, Ricardo —dijo Edwina—, sólo nos resta saber quién es Iñigo Sebastián y dónde está: es el único que puede explicarnos la realidad definitiva de todo este asunto.

—Todavía no se han cumplido las veinticuatro horas —murmuró Ricardo Hoffmann—, de modo que seguiremos esperando.

—Como quiera.

Pero no hubo necesidad de esperar tanto. Apenas una hora más tarde uno de los comandos encargados de la radio que los enlazaba con sus contactos repartidos en puntos estratégicos le llevó a Ricardo Hoffmann el mensaje que acababan de recibir.

El mensaje decía: «El cóndor te espera en el nido.»

CAPÍTULO VIII

ENTRE unas cosas y otras Ricardo Hoffmann no llegó a Acapulco hasta las nueve de la mañana del día siguiente, a pesar de que contó con todas las facilidades y ayudas para efectuar el viaje.

Desde el aeropuerto se hizo llevar a la ciudad en un taxi. Casi eran las diez de la mañana cuando se apeaba frente al hotel Condesa, en la playa de este nombre. Minutos más tarde se alojaba en una elegante habitación y se disponía a esperar, para lo cual encendió uno de sus hermosos cigarros, lujo del que no pensaba prescindir. Porque si un hombre que se juega el pellejo tan estúpidamente como él ni siquiera puede fumar buen tabaco, ¿qué demonios le queda?

La llamada telefónica se produjo al mediodía, y fue muy breve. Al terminarla, Hoffmann bajó al comedor del hotel, donde almorzó. Antes de regresar a su habitación pidió en conserjería que le alquilaran un automóvil, y luego subió a echarse la siesta. Despertó poco después de las cuatro, se duchó, se puso un elegante traje blanco, y abandonó la habitación. El coche alquilado le esperaba en el estacionamiento del hotel, y Ricardo Hoffmann partió en él hacia el interior.

Todo había sido tan bien preparado antes de la invasión de la mansión Las Aguas Felices que Hoffmann no tenía ni siquiera que consultar un mapa. La frase «El cóndor te espera en el nido» significaba ni más ni menos que, terminadas sus gestiones en Europa satisfactoriamente, Carlos María le esperaba en el lugar convenido, para regresar luego a Argentina victoriosos, cuando ya obrase en poder de ésta el documento definitivo de la devolución de

las Islas Malvinas a Argentina.

Así que la cosa estaba bien clara: o le habían mentido los agentes de la CIA Mayflower y Moore, o ahora le estaba mintiendo Carlos María si no había tenido éxito en sus gestiones en Europa convenciendo a la reina Isabel de que debía apoyar esa devolución de las islas o habría en otra isla una masacre horrenda de la que la responsabilizaban a ella directamente. Todavía tenía Hoffmann sus dudas.

A las cinco menos cinco minutos de la tarde llegaba Hoffmann al «nido del cóndor», un lugar alejado de la carretera principal, al que accedió por un camino de tierra que pasaba cerca de una vieja hacienda. Más allá había un grupo de robles, a cuya sombra detuvo Hoffmann el automóvil, del cual no se movió.

A las cinco en punto llegó Carlos María Zunzunegui, su hermanastro, hijo de su madre, pero no del mismo padre. Ricardo lo vio apearse del automóvil, alto, hermoso, elegante, seguro de sí mismo. Vio resplandecer su contagiosa sonrisa capaz de emocionar a una piedra... Haciendo un esfuerzo, Hoffmann se apeó, y acudió al encuentro de su hermanastro, que enseguida abrió los brazos para recibirlo y comenzó a palmearlo y estrujarlo, en silencio. Ricardo apenas se movía. Ya había percibido el contacto de la pistola metida en la funda axilar de Carlos María Zunzunegui.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió éste finalmente—. ¡Parece que no te alegras de verme!

—Claro que sí —murmuró Ricardo.

—Te encuentro algo raro... Bueno, vamos al coche a hablar. ¡Hace un buen calor aquí!

—Sí, es cierto, pero prefiero seguir aquí mismo.

—De acuerdo. ¿Cómo te ha ido en la isla Mustique? Supongo que...

—Carlos: ¿dónde están Enrique y Oscar?

—De momento se han quedado en Europa; concretamente en España... ¿Por qué?

—¿Y dónde están Avenzoza y Cabrales?

Carlos María Zunzunegui se quedó mirando fijamente a Ricardo Hoffmann. Por fin, sonrió. Sonrió de aquel modo encantador, pero, al mismo tiempo, Ricardo veía aquella nueva expresión, para él desconocida totalmente, en el fondo de los ojos de su hermanastro.

—¿Qué es lo que sabes o crees saber, Ricardo?

Ricardo Hoffmann explicó lo que a su vez le habían explicado a él Jason y Edwina, y lo ocurrido en Las Aguas Felices. Cuando terminó, dijo, con voz vacilante:

—Supongo que ese par de negros me han mentido.

—Claro que no. No te han mentido en nada... Y me gustaría conocerlos, porque hubo momentos en que los sentía casi alentar tras mis talones. No son una pareja corriente, han tenido que adivinar cosas para conseguir lo que han conseguido. Esos dos negros...

—Carlos: ¿todo es verdad? ¿Asesinaste a Oscar y Enrique, dos buenos patriotas, y enviaste unos mercenarios asesinos a matar también a Avenozza y Cabrales a morterazos dentro de aquel chalé? ¿Es verdad que te has desentendido de nuestros ideales y te has limitado a embolsarte cien millones de dólares?

—Es absolutamente cierto —asintió Zunzunegui.

—Es decir, que tú eres el que ellos llamaban Iñigo Sebastián.

—Desde luego —se echó a reír el argentino.

Ricardo Hoffmann estaba lívido. Tenía la sensación de que su rostro se había enfriado y crispado hasta convertirse en hielo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —murmuró—. No entiendo nada... ¿Por qué cambiaste nuestros planes, por qué has hecho todo esto?

—No he cambiado nada... —parecía divertidísimo Carlos María—, Desde el primer momento lo planeé así. Bueno, para ser exacto, no desde el primer momento, sino desde el momento en que comprendí la jugada que estaba preparando ese chiflado de Adam Embury.

—¿Qué jugaba estaba preparando él?

—Lo primero que tienes que saber es que Embury quería que el Comando Malvinista invadiese la mansión y la isla Mustique al día siguiente, es decir, cuando estuviesen en ella la reina Isabel y el señor Reagan. Yo estaba no poco sorprendido de que un británico de su categoría, con asiento en la cámara, hubiera buscado contacto conmigo para hacerme ese tipo de proposiciones, pero me dio unas razones que al principio me convencieron: en esa estúpida guerra de las Malvinas habían muerto dos hijos suyos, y él no quería que en el futuro se produjeran nuevos incidentes que pudieran costar la vida a otros muchachos ingleses y, naturalmente, argentinos, así que se

había propuesto zanjar el asunto de una vez por todas consiguiendo que las Malvinas nos fuesen devueltas.

—Todo eso ya lo sé. También sabemos que el señor Reagan y la reina Isabel se iban a reunir en Las Aguas Felices junto con los financieros y los políticos para estudiar en conjunto un plan secreto de índole política, militar y económica referente a unas soluciones pacíficas en las contiendas del Oriente Medio. Pero eso no nos importaba a nosotros. Nosotros queríamos las Malvinas, y nos pareció magnífico que un hombre como Embury nos apoyase secretamente; tan secretamente que sólo tú lo conocías, pues a mí no quisiste decirme quién te había facilitado la información.

—Tú siempre has sido un ingenuo —sonrió Zunzunegui—. En cambio, yo he sido siempre un zorro. Por eso comprendí que Embury estaba planeando algo que no era, ni mucho menos, lo que me había dicho a mí. Y de repente, lo comprendí: lo que él quería era que nosotros invadiéramos la mansión cuando estuvieran en ella el presidente de Estados Unidos y la reina Isabel. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque se había propuesto matarlos a ambos. Y tú mismo acabas de decirme que tenía un arma escondida en la casa, ¿no es cierto? Pues ese revólver con el que se ha suicidado estaba destinado a matar a la reina Isabel y al señor Reagan. Los habría asesinado de modo que habría parecido, a los ojos del mundo, que eso lo había hecho el Comando Malvinista siguiendo órdenes oficiales argentinas. ¿Te imaginas lo que habría sucedido a continuación?

Hoffmann apenas tuvo voz para musitar:

—Estados Unidos y Gran Bretaña habrían hecho pedazos a Argentina.

—Exacto. Y eso era lo que quería Adam Embury. Para él, la guerra de las Malvinas era... un asunto inolvidable, y quería insistir en él, resolverlo para siempre aplastando Argentina, convertirla en escombros.

Una expresión de alivio, de profunda alegría, apareció en el lívido, desenchajado rostro de Ricardo.

—¡Y tú lo impediste! —exclamó—. ¡Toda tu labor...!

—Vamos, no sigas siendo un absurdo ingenuo —le interrumpió con irritación Zunzunegui-Sebastián—. Mi labor, desde el mismo

momento en que me di cuenta de que Embury tenía sus propios planes, fue aprovecharme de todas las circunstancias y oportunidades pensando exclusivamente en mi beneficio personal y en la satisfacción de mis más viejos y recónditos deseos. Así que, comprendiendo que Embury pretendía utilizarme a mí, yo lo utilicé a él: cambié el día del asalto a la mansión, porque sabía que así todo sería más fácil, organicé toda la acción a mi manera, y, en efecto, he conseguido los cien millones de dólares, que tengo ya físicamente aquí, en México, mermados en un porcentaje para la persona que me los ha traído; pero aún me queda dinero más que suficiente para vivir el resto de mis días como un rey.

—¿Y nosotros? ¿Y el Comando Malvinista?

—No te preocupes —sonrió Zunzunegui—: luego enviaré a Riquelme el mensaje para que desaloje la isla, diciéndole que tiene vía libre. Pero como no es así, los británicos y los americanos los harán papilla a todos. ¡Y adiós al Comando Malvinista! —se echó a reír.

—De modo que todos cuantos se habían relacionado contigo habrán muerto. Todos, incluidos sesenta hombres cuyo delito ha sido creer en promesas patrióticas. Entiendo. ¿Y qué destino tienes preparado para mí, Carlos?

—¿Qué dirías tú? —entornó los párpados Iñigo Sebastián.

—Yo no tengo que decir nada... —tembló la voz de Hoffmann bajo la presión de la decepción y la pena por tantos compatriotas asesinados por su hermanastro—. Tú eres quien lo ha estado diciendo todo desde el primer momento, tú has sido en todo instante quien ha estado dirigiéndolo todo, incluso a mí y a mis muchachos en la isla Mustique. Pues bien, termina de hacerlo todo tú: ¿qué tienes que decir?

—Vamos, tendrías que adivinarlo, hermanito... —dijo Carlos María, sacando de repente la pistola—. Tendrías que adivinar cuál es la persona que más he estado odiando durante toda mi vida.

—¿Yo?

—¡Tú! ¡Tú y tu maldito padre! Yo estaba con mi madre, era un niño que la adoraba, y de repente, aparece un hombre que se acuesta con mi madre y me roba cariño y tiempo de ella. Y luego... llega otro niño que aquel cerdo había puesto en el vientre de mi madre, y la llama también mamá. Y como es el chiquitín, y es

encantador, y tan listo, todos le quieren... ¡Ya sé que yo también era listo y encantador, y que todos me querían también, pero tenía que COMPARTIRLO todo contigo, incluso mi madre, y eso sin ser hijo de mi padre...! Así que me dije que algún día te mataría. Y ese día ha llegado, malnacido. Ese día del triunfo total para mí es el día de hoy. Tengo aquí —se tocó un bolsillo— la llave de una caja de alquiler donde me esperan setenta millones de dólares, y tengo aquí, en esta mano, el instrumento con el que voy a satisfacer mi más viejo anhelo: destrozarte la cabeza a balazos...

Carlos María Zunzunegui extendió el brazo armado, y en ese mismo instante su cabeza reventó.

Se oyó el crujido del hueso de un modo escalofriante, como un «chop» crujiente, algo que nunca hasta entonces había oído en su vida Ricardo Hoffmann. La cabeza de Iñigo Sebastián reventó de un modo extraordinario, como si en lugar de recibir en la frente una bala hubiera explotado un petardo en el interior de su cráneo. Hoffmann vio reventar la cabeza, retorcerse aquel hermoso rostro, casi saltar los ojos de las órbitas.

Luego, de un modo confuso, borroso, vio a Carlos María saltando hacia atrás violentamente, como a cámara lenta.

Él se quedó inmóvil, sin ver nada. La cortina que había ante sus ojos parecía contener tonalidades de arcoíris; una cortina hecha con dos grandes lágrimas.

Oyó llegar otro automóvil, pero no lo vio... Tampoco vio a Jason Moore salir inmediatamente del coche, todavía con el rifle de alta precisión y mira telescópica en una mano. Edwina Moore se apeó por el lado del conductor, y se fue directa hacia el petrificado Ricardo Hoffmann, al que acarició una mejilla.

Ricardo apretó los párpados, las lágrimas saltaron, y él vio a Edwina Mayflower mirándole cariñosamente.

—Lo siento —murmuró la negra—: si usted nos hubiera dicho que era su hermano habríamos planeado las cosas de otra manera, Ricardo. Pero nos hemos enterado al «ver» en sus labios la explicación de él, y entonces ya no se podía hacer nada, salvo elegir entre la vida de usted o la de él. Nosotros hemos preferido que sea usted quien viva.

Ricardo Hoffmann asintió. Había confiado en aquellas dos personas, y habían sido con él más sinceras y leales que Carlos

María Zunzunegui. Incluso había obedecido aquellas instrucciones que le parecieron absurdas, fruto de una malicia improcedente.

«No se cite con él en un sitio cerrado, estén ambos siempre en campo abierto, que nosotros podamos verlos a distancia.»

Vio a Jason Moore registrando las ropas del cadáver de Iñigo Sebastián. Exactamente: Iñigo Sebastián, eso era todo. Y comprendió, de repente, que todo había terminado, que no sería él, al menos de aquel modo y en aquella ocasión, quien recuperaría las Malvinas para su patria. Y comprendió también que de no haber intervenido Jason Moore y Edwina Mayflower para desbaratar los planes de unos y otros tal vez finalmente incluso se habría quedado sin patria, pues habría sido calcinada en una guerra que, ésa sí, habría resultado del todo inolvidable...

Aspiró hondo y preguntó:

—¿Qué va a ser de mis hombres?

—No se preocupe —replicó dulcemente Edwina Mayflower.

ESTE ES EL FINAL

EL último en abordar la gran lancha de la CIA fue Ricardo Hoffmann. Antes que él lo habían hecho todos los componentes del Comando Malvinista, que ahora permanecían silenciosos y sombríos. Estaban así desde que su jefe, el gran Hoffmann, había regresado acompañado de Edwina y Jason y les había dado la última orden: concentrarse todos en el embarcadero de la mansión y entregar las armas.

Ahora, todo había terminado. Varios agentes de la CIA, también a bordo de la lancha, los miraban con cierta hostilidad. Más allá, en otras lanchas, estaban los hombres del servicio secreto de Su Majestad, respetando de mala gana las decisiones de sus primos de la CIA.

—¿Adónde nos van a llevar, Ricardo? —musitó Alberto Riquelme.

—No lo sé, Berto.

—Tal vez debimos luchar —titubeó el irritable Riquelme—, pero cuanto más lo pienso, más creo que tienes razón: ¿contra quién habríamos podido luchar en este islote? ¿Contra unos cuantos negros y unos turistas? Creo que eso sólo habría servido para que muriesen personas que nada tienen que ver con todo esto. Sí, creo que tienes razón, Ricardo.

Este asintió. Tenía razón él y tenían razón Jason y Edwina, que le había convencido de todo. Se dio cuenta, de repente, de que él era un ingenuo todo corazón; un valiente al que los malos podían engañar. Y comprendió también de repente que no sería con las armas como se arreglarían los problemas de Argentina ni de

nadie...

—¡Ricardo! —oyó la voz—. ¡Ricardo, Ricardo!

Hoffmann regresó a la realidad. En el embarcadero vio a Nika Traviros haciéndole señas. Junto a la niña estaban Edwina y Jason, sonrientes. La mirada de Ricardo regresó a la niña, que le tiraba besos y decía:

—¡Ricardo, recuerda que soy tu novia! ¡No me olvides, escríbeme mucho, y yo te iré a visitar cuando sea mayor...! ¡Ricardo, soy tu novia!

Hoffmann sonrió, y envió unos besos a Nika Traviros. El corpachón de uno de los agentes de la CIA ocultó el panorama tan dulce a los ojos del argentino, que miró al norteamericano. Este le tendió un papel.

—Aquí tienen el mapa con la ruta señalada. No se desvíen de ella ni una pulgada y por nada del mundo. Está indicado su destino, para llegar al cual tienen suficiente combustible. Cuando lleguen allá un hombre que dirá llamarse Amadeo se hará cargo de la lancha, y todo lo que tendrán que hacer ustedes es dispersarse. Pero escuchen esto: si vuelven a molestar, los haremos pedazos. ¿Me han comprendido?

—Yo no... —consiguió salir de su pasmo Alberto Riquelme—. ¿De qué está usted hablando?

—Yo tampoco lo entiendo... —dijo Hoffmann—. ¿Acaso no nos llevan con ustedes a no sé dónde?

—Eso es lo que tendríamos que hacer, amiguitos, pero ustedes han tenido una suerte que jamás deben olvidar. Miren, no me toquen más los cojones y lárguense, ¿de acuerdo?

—Pero... —empezó Riquelme.

—Cállate, bobo —le interrumpió Ricardo Hoffmann—. ¡Pedro, ponte a los mandos del barco!

Hubo una manifestación de sorpresa, de desconcierto entre los componentes del comando. Sorpresa que aumentó cuando los agentes de la CIA desembarcaron. Hoffmann agarró de una oreja a Pedro Urbano, y lo empujó hacia la cabina de mandos, mascullando:

—Date prisa, idiota, antes de que se arrepientan.

En cuestión de segundos, la lancha estuvo en marcha. Iba con la línea de flotación muy baja, era vieja, sólo tenía combustible para

llegar a determinado lugar. Pero era el lugar de la libertad, y, al mirar al embarcadero y ver la sonrisa de Edwina Mayflower, Hoffmann supo que llegarían. Alzó como tímidamente una mano, no esperando respuesta alguna.

Sin embargo, Jason y Edwina le contestaron, y, al mismo tiempo, por entre el rumor de los motores de la lancha le llegó de nuevo la voz de Nika Traviros, que volvía a tirarle besos mientras gritaba:

—¡Ricardo, recuerda que soy tu novia, y que pronto seré mayor...! ¡No me olvides, Ricardo!

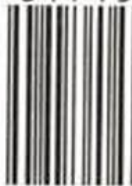
—Puedes estar segura de que no —murmuró Ricardo Hoffmann.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España